

ARMAS Y LETRAS

ARTE • CIENCIA • INVENTO • VIAJE • DEPOR-
TE • LITERATURA • PASATIEMPO • CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS



Número 29

60 cénts.

Ayuntamiento de Madrid



¡LEA V!

¡LE INTERESA!!

Atendiendo las indicaciones de gran número de nuestros suscriptores, ARMAS Y LETRAS entra en el tercer año de su vida con una honda e importante transformación.

La revista mensual que durante dos años ha visto aumentar constantemente el número de sus suscriptores, corresponde al favor del público transformándose en **gran revista quincenal ilustrada**, ARMAS Y LETRAS se publicará en lo sucesivo formando tomos de 60 páginas de gran tamaño que aparecerán los días 15 y 30 de cada mes.

A pesar de los crecidos gastos que supone esta reforma y del aumento considerable de texto y grabados, ARMAS Y LETRAS no alterará el precio de la suscripción y seguirá costando 3,75 pesetas el trimestre.



Nuestra empresa es de Patria y de Cultura. ¡Ayúdenos V!
Dos años de éxitos continuados pueden serle garantía de lo que haremos en lo futuro.

ARMAS Y LETRAS constituye el gran lazo de unión entre todos los elementos del Ejército y de la Armada.

ARMAS Y LETRAS le mantendrá a V. al corriente de todo lo nuevo, curioso, sensacional y útil, que relacionado con su profesión aparezca en el mundo de la Ciencia y del Arte.

ARMAS Y LETRAS publicará cuentos, crónicas, artículos y entretenimientos diversos que le harán la más deliciosa revista del hogar y de las familias.

ARMAS Y LETRAS forma con sus tomos la enciclopedia más completa e interesante del militar.

ARMAS Y LETRAS continuará con su «Sección de Consultas» que tanta aceptación ha tenido en los pasados años. Por ella el suscriptor de provincias tiene en Madrid un representante gratuito que le facilitará los informes que necesite de los organismos centrales.



Novedad, Atracción, Interés, Utilidad, Recreo

Son los distintivos de ARMAS Y LETRAS

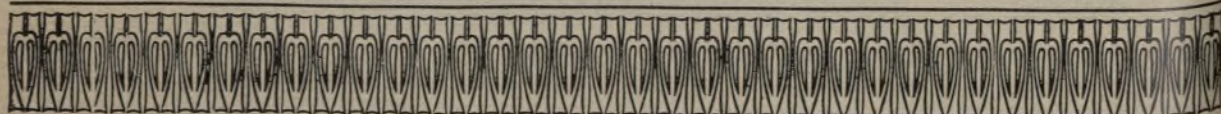


Por una curiosa combinación [que] ofrecemos a V., la suscripción de ARMAS Y LETRAS le resultará completamente gratis.

Nuestros actuales suscriptores no tienen necesidad de enviarnos nuevamente su adhesión. Les rogamos que para facilitar nuestra nueva organización acepten el abono por trimestres de los cargos que hasta ahora se venían pagando mensualmente.

A los que no tengan cuenta con la Caja Central, giraremos contra ellos en el segundo mes de cada semestre, letras por el importe de la suscripción semestral.

Los que prefieran hacerlo, pueden remitir, avisándolo de antemano, el importe de su suscripción por giro postal.



INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

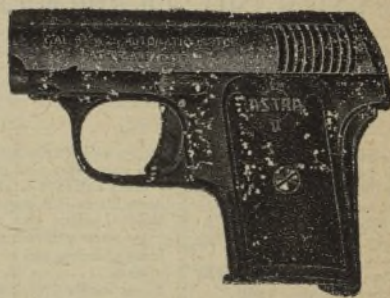
Precio, 40 pesetas.

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajas, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

GORRAS Y EFFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.-TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.ª.....	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre..	210	o gabardina con pantalón y calzón....	130
Pelliza de 1.ª, rizo de id.	120	Idem id. de drill, con id. ...	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Volver pelliza con todos los avios y dorados....	70
Guerrero de paño o estambre.....	120	Idem guerrero con id. id. e idem.....	50
Pantalón Rey con franja seda.....	60	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache... ..	17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,
la juventud renace en mí,
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.

EFEMÉRIDES

La creación de la Guardia civil

Marzo de 1884

Había terminado la primera guerra civil y considerando el Gobierno que no podía dilatarse un día mas garantizar la seguridad pública, primera de las necesidades sociales y base del desenvolvimiento de todas las vitalidades, trató de realizarlo. El 26 de Enero de 1884 se publicó un Decreto firmado por Doña Isabel, por el cual se establecían los comisarios y celadores de seguridad pública, en sustitución de los alcaldes de barrio, indicando en uno de los artículos sería creado un instituto de seguridad pública.

Dos meses después, el 28 de Marzo de dicho año apareció el Real Decreto creando la Guardia Civil en España, soberana disposición que aunque adoleció de algunos pequeños defectos, fué uno de los mayores timbres de gloria del reinado de Doña Isabel II.

La excesiva dependencia que este Cuerpo había de tener de las autoridades civiles en lo relativo a su organización, el no darle un Jefe superior que vigilase el exacto cumplimiento de los reglamentos y que fuese a la vez lazo de unión entre los organismos civil y militar de que debía depender el Instituto, eran pequeños obstáculos que reflejaban los defectos del Real Decreto mencionado. Entonces el Gobierno tuvo el acierto de elegir el hombre que corrigiendo con el estudio aquéllos, diese vida a la Institución que hoy admiramos y la cual se copia y respeta en el extranjero.

Fué encargado de su organización el mariscal de campo D. Francisco Javier Girón y Ezpeleta, Duque de Ahumada, militar de brillante historia a quien España debe reconocimiento eterno, pues sus grandes dotes de organizador y su férrea voluntad pudieron únicamente realizar la magna obra

que supone la Institución de la Guardia Civil.

El uniforme y el armamento fué la primera cuestión a tratar y, aunque su servicio iba a ser de constante fatiga en el campo, se fijó aquél en que la Guardia Civil debía prestar en todo tiempo, estación y lugar, huyendo de copiar los usados por otras naciones, a fin de constituir por todo un Cuerpo netamente español.

La organización se inspiró en la que en los tiempos de su mayor esplendor tuvo la Santa Hermandad, Institución venerada que tantos servicios prestó durante siglos y siglos de verdadera prueba para la sociedad española.

A las unidades orgánicas se las dió el nombre que con tanto orgullo llevaron aquellos antiguos Cuerpos de nuestra valerosa Infantería, que en Flandes, en África, Italia y América, asombraron al mundo con sus hazañas.

El Decreto de 13 de Mayo de 1844 fué el punto de partida para la organización del Instituto, pues alteró casi por completo las bases establecidas en el primero. Por esta disposición se asignó al Cuerpo un contingente de 5.779 individuos constituidos con 14 Tercios. Se dictaron los Reglamentos y fué nombrado Inspector General el Duque de Ahumada, designándose la población de Leganés para organizar la Infantería y Vicálvaro para la Caballería.

Al amanecer de 1.º de Septiembre del mismo año, salieron de los depósitos, los contingentes que allí estaban ya equipados y uniformados, dirigiéndose a las afueras de Madrid, inmediato a la Puerta de Atocha, donde fueron revistados por el Ministro de la Guerra y el Duque de Ahumada.

Esta revista se consideró como la consagración oficial de aquél, siguiéndose con mayor celeridad su organización.

El día 10 de Septiembre, fecha en que cumplía D.ª Isabel II los 14 años, se vió formado por primera vez en las calles de Madrid, el Cuerpo de la Guardia Civil, en número de cinco Compañías de In-

fantería y dos Escuadrones de Caballería.

Uno de los primeros servicios que en el historial del Cuerpo constan, es el prestado en la carretera de Extremadura, capturando a varios bandoleros y dando muerte a otros que habían sorprendido y estaban robando a unos viajeros en los barrancos próximos al puente de Navalcarnero (Madrid), sitio ya célebre en las crónicas criminales, por los continuos robos y asesinatos en él cometidos.

No bastó sin embargo este primer escarmiento para alcanzar seguridad en aquél peligroso paraje, pues a los pocos días sorprendió la Guardia Civil en el mismo sitio a una partida de ocho foragidos en el momento de saquear y atar a varios pasajeros. La refriega fué breve y ruda. Uno sólo de los bandoleros logró fugarse. Los demás quedaron muertos sobre el terreno. Inútil es decir que desde entonces se disfruta en aquél punto de la seguridad más completa.

Servicios de este género fueron los más comunes en los primeros años de la institución en todas las comarcas, sobre todo en Andalucía, país clásico del bandolerismo. Allí el tercer tercio asignado a aquellas provincias, en campaña constante, destruyó en breve tiempo las partidas del «Zamarra», de Juan Ramos Gil, de José Serrano, del célebre «Barquero de Cantillana» de Manuel Abad y Antonio Olmedo, dando muerte a unos y capturando a otros, y no por cierto sin sufrir sensibles pérdidas, pues fué crecido el número de heridos y muertos que costó a la Guardia Civil la destrucción de esas partidas, lo cual demuestra que no fué corta ni fácil la tarea de exterminar el bandolerismo en las provincias andaluzas.

Certifica todo esto el cuadro de honor colocado en todas las salas de armas de las casas-cuarteles de la Guardia Civil, en que están inscritos los nombres de aquellos héroes que sacrificaron su vida en el cumplimiento del deber.

Hoy continúa como en aquella

fecha la Benemérita escribiendo en su historia páginas que aumentan su prestigio, la conquistan nuevos afectos sociales y de gratitud de sus conciudadanos, que ven en ella la salvaguardia del orden y el más firme sostén del derecho.

MANTE

Un caso práctico

La Ley de caza

¿Existe algún precepto en la ley de caza por el cual puedan los guardas jurados ejercitar el derecho de cazar que la misma concede?

Ningún artículo existe en la ley que les autorice para ello, y por el segundo adicional se dispone que los guardas jurados y no jurados que nombraren los Ayuntamientos y particulares, no podrán usar armas de caza, ni por consiguiente expedírseles licencia para cazar.

Como única excepción se dispone por el artículo 30 de la citada ley, que los propietarios o arrendatarios de los sitios vedados, destinados a la cría de caza, pueden nombrar guardas jurados con sujeción a lo que determina el Reglamento, los cuales podrán

usar escopetas de caza, pero solamente dentro de las fincas respectivas, y aunque la ley no expresa nada sobre el particular, se comprende que desde el momento que están autorizados para usar escopetas de caza, puede expedírseles la licencia para cazar, y por tanto, ejercitar el derecho que la ley le concede dentro de las fincas para que fueron nombrados.

Fuera de este caso, aunque la ley y el Reglamento para su aplicación no dispongan nada en contrario, les está absolutamente prohibido ejercitar ese derecho, no dando lugar a duda alguna, desde el momento que por el artículo segundo adicional, ya citado, se dispone no pueden usar armas de caza.

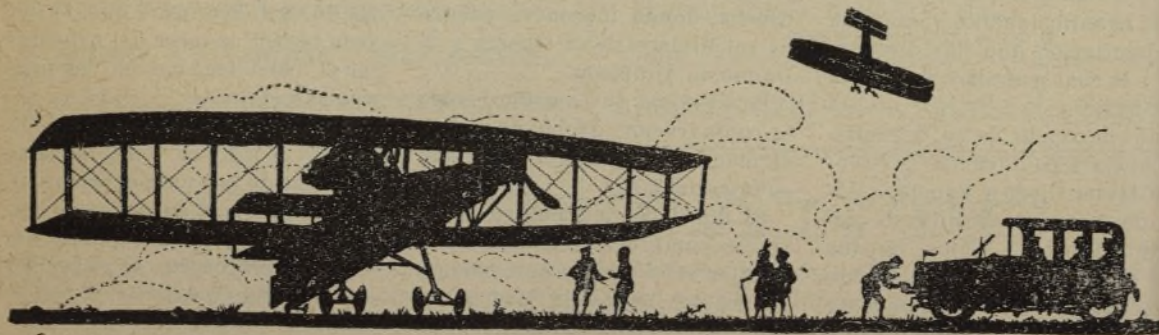
En este mismo caso, quedan comprendidos los mayores, zagales y guardas de ganado mayores de quince años, los cuales, según el artículo 56 del Reglamento, se considerarán guardas no jurados, y no podrán hacer uso de armas de caza, ni llevar en su compañía, en ningún caso ni tiempo, perros de caza de cualquier clase que sean.

Por lo que respecta a los documentos que acreditan la posesión y uso de las armas que los guardas jurados están autorizados a usar, conviene tener presente la Real orden de 8 de Noviembre de 1920, emanada del Real decreto

de 15 de Septiembre del mismo año, la cual dispone en su regla octava que los Gobernadores civiles expedirán las licencias de uso de armas gratuitas a los guardas jurados de sus provincias respectivas; pero el documento de pertenencia de las armas que éstos usen se expedirá, necesariamente, en el que define la Real orden de Hacienda de 29 de Noviembre de 1920, o sea en timbre de 10 pesetas. Se exceptúan, entre los de otras Asociaciones, los de la de cazadores, a los cuales se les expedirá, gratuitamente, los documentos de seguridad.

En los títulos que se expidan se determinarán las clases de armas que los guardas jurados podrán usar. Así mismo se dispone que en ningún caso se expedirán licencias gratuitas de uso de armas de caza y para cazar a los guardas jurados, cuando según el artículo 10 de la ley de Caza, están autorizados para usar escopetas de caza.

Las infracciones a estos preceptos serán denunciadas por la Guardia civil a los Gobernadores civiles de las provincias respectivas para los efectos que determina el artículo 8.º del Real decreto ya mencionado, sin perjuicio de hacerlo también al Juzgado de Instrucción o Municipal, cuando dentro de un mismo caso la infracción esté comprendida a la vez en la legislación de caza.



SECCIÓN DE CONSULTAS

R. G. F.—Toledo.—El interesado debe tener noticia negativa de la resolución recaída por Real orden manuscrita.

R. M. M.—Ceuta.—Entró su papeleta, no pudiendo precisar el número por variar todos los meses y estar ahora recibiendo papeletas.

B. G.—Santander.—Números: para la reserva 83, el 6; para la 83, el 3; para la reserva 1, el 14, y para la 7, el 14; para Prisiones M. M., el 29. El concurso para el Cuerpo de Seguridad, ya ha sido resuelto.

A. S. C.—Ceuta.—Para la sección de Contabilidad de Ceuta, el 12; para la de Melilla, el 11, y para Sargento mayor de Melilla, el 11. El destino de Comandante de Río Martín puede ser de cualquier Arma o Cuerpo, y a propuesta del Alto Comisario, de quien debe solicitarlo.

F. H.—Córdoba.—Hace próximamente el 641 para el ascenso. Se recibió su papeleta de destino y no se puede precisar el número que hace, por variar todos los meses.

A. M.—Ronda.—1.ª Ni está nombrado alumno, ni puede serlo si es carabinero. 2.ª Como hay tres aspirantes con el nombre de Andrés Martín, es preciso conocer el segundo apellido para contestar con acierto.

R. C.—Nuader.—No existe Ramón; hay uno que se llama José, que tiene el número 2.100.

F. M. H.—Portomeo.—A la 1.ª, hace el número 56 para Salamanca, por el caso 9.º, y hay 57 anotados; 2.ª, hace el número 76 para Coruña; 3.ª, hace el número 2 para Granada, por el caso 9.º.

J. S.—León.—Hace para el ascenso el número 1.527. En 25 de Enero de 1921 se remitió la instancia al Alto Comisario, a los efectos que procedieron.

A. M.—Melilla.—Tienen derecho a usar el mismo uniforme que los Oficiales respectivos, pero

sin divisas y con arreglo a lo que les marca su Reglamento.

J. R. A.—Arba.—1.º Las bajas se cubren por orden correlativo en la concentración, y por lo tanto, siendo el penúltimo de los sorteados, a él no ha debido llegarle todavía, a menos que como indica todos los anteriores, estén en el extranjero.

El es del cupo de instrucción; pero si por lo que anteriormente se indica fué conceptuado en la Caja a su concentración, como del cupo de filas, al presentarse en España iría inmediatamente a filas, puesto que el cupo de dos hombres se completaría con él.

2.º De no ser así, hasta la fecha no le alcanza ninguna responsabilidad militar, puesto que el cupo de instrucción del 21 no ha sido aún llamado a filas para instrucción.

Se significa que los reemplazos anteriores a los residentes en el extranjero desde antes del alistamiento, y que pertenecían a los cupos de instrucción, se les ha venido dispensando el regresar a España para aprenderla; pero dadas las actuales circunstancias nada puede asegurarse de que esto suceda para este reemplazo.

G. P.—Caz-Vit.—Su número, el 198; el Sr. Salvado el 245 y el Sr. Cívico el 197. Tardarán bastante en ingresar.

M. M. M.—Dalias.—A la 1.ª puede serlo en la Geometría, si se refiere a eso la papeleta, y si no en la Táctica. A la 2.ª, haga la pregunta a la Comandancia donde radique su filiación. A la 3.ª, hace el número 1, en turno preferente.

M. G. L.—Dar Driús.—Reserva, Ciudad Real, el 1; y el mismo número para las de Alcázar, Madrid, Getafe, Alcalá y Cáceres. No se le puede destinar con arreglo a la Real orden circular de 17 de Septiembre 1920. (D. O. núm. 255). No le sirve el tiempo servido demás como Sargento en Canarias para el turno de Oficial.

ARTÍSTICAS TAPAS

para la encuadernación del segundo tomo de

ARMAS Y LETRAS

Precio: 3,50 pesetas

Se mandan por correo certificadas contra envío de 3,80 pesetas por Giro Postal.

A los señores suscriptores que así lo indiquen, se les pasará cargo del importe por la Caja central.

Cortar este Boletín y enviarse en sobre abierto con franqueo de dos céntimos.

D.
que vive en calle
de desea
adquirir las Tapas para encuadernar el segundo tomo de ARMAS Y LETRAS, a cuyo fin envía (1) por Giro Postal la cantidad de 3,80 pesetas.

(Firma)

(1) Si el cargo ha de pasarse por la Caja central, indíquese así

RECUERDOS SACRIFICIO

Recorría con mi acompañante los lugares donde hace tres años corría la sangre a torrentes.

Aún quedan reliquias de la catástrofe.

—¿Veis allí, en la lejanía, aquella iglesia pequeña que tiene el campanario derruido? Pues bien; la artillería austriaca, oculta más allá del templo, disparaba sin cesar y casi con seguridad sobre nuestros soldados.

Dos cañones italianos de grueso calibre *rebuscaban* en las alturas; pero no se conseguía descubrir a la artillería enemiga, oculta detrás de la iglesia.

—¡Hay que derribarla!—gritó un oficial; y se llamó a un suboficial, a un tirador escogido, a un artillero de mérito, afamado en el regimiento.

El suboficial miró con los anteojos, hizo su cálculo, dió instrucciones, vigiló el emplazamiento de las dos piezas y gritó:

—¡Fuego!

El campanario primero, la fachada después, y el

frontis de la iglesia cayeron en ruinas. La artillería austriaca quedó descubierta.

El suboficial fué felicitado.

—Sois un artillero magnífico—le dijo su comandante.

—Gracias mi comandante—respondió el artillero—Si supieseis lo que esos disparos han costado a mi corazón... Porque, mi comandante, yo soy un sacerdote...

—Habéis cumplido con vuestro deber, y el buen Dios no os habría perdonado si no me hubieseis obedecido.

Poco después trajeron dos austriacos heridos moribundos.

—Ahora es cuando voy a cumplir con mi deber—dijo el suboficial sacerdote. Y de rodillas ante los heridos, orando después de darles la absolución, parecía pedir perdón a Dios por su anterior sacrificio.

X. X.

CURIOSIDADES

LO QUE PESA LA MULTITUD

Es ésta una cuestión interesante, sobre todo para los arquitectos, quienes deben tener siempre presente en la edificación de los edificios públicos, puentes, tablados, etc., el grado de solidez requerido para que éstos puedan resistir los mayores pesos, en circunstancias excepcionales.

No puede tenerse idea del número enorme de individuos que pueden aglomerarse impunemente sobre una superficie poco extensa. El arquitecto alemán H. Hunscheidt, de Bonn, ha efectuado a ese propósito notabilísimas experiencias, cuyos resultados vamos a poner en conocimiento de nuestros lectores.

Sobre una plataforma de madera de 5,12 metros

cuadrados colocó primeramente 40 obreros, con un peso medio de 72 kilogramos, lo que daba un peso de 560 kilogramos por metro cuadrado. Los ocupantes de la plataforma estaban en contacto, pero sin sufrir apreturas, como se dice vulgarmente. El arquitecto hizo subir al tablado primero seis hombres, con lo que se elevó el peso a 650 kilogramos, y luego cuatro, dando esto un total de 706 kilogramos por metro cuadrado. La multitud artificial estaba representada por 10 personas, ocupando un metro cuadrado, o sea algo más de lo que suele ocurrir en las grandes aglomeraciones humanas.

Partiendo de la base dada por H. Hunscheidt, no sólo se puede averiguar el peso aproximado de la gente congregada sobre una tribuna, un circo, etcétera, sino calcular, conociendo una superficie, el número de personas reunidas en la misma.



VARIEDADES

Buen descubrimiento.

Un químico de Munich ha hecho un prodigioso descubrimiento. Se trata nada menos que de un carbón sintético, con el cual pretende redimir la industria. Para fabricarlo se vale de una cantidad de piedra, muy abundante en Baviera, que contiene carbón en la proporción del 30 por 100.

En un principio se propuso sólo extraer esta cantidad mínima de combustible por ciertas manipulaciones químicas; pero observase que la cantidad de combustible obtenida era de mayor cuantía.

Tal resultado lo obtuvo valiéndose de cierto cuerpo cuyo nombre se niega a decir.

Tras largas experiencias ha conseguido un carbón excelente, que posee todas las propiedades de la antracita.

Una fábrica sin carbón.

Son ya famosos en el Tirol y en Suiza los hoteles, los sanatorios y las estaciones de ferrocarril donde se hace todo por medio de la electricidad con una regularidad, un confort y un refinamiento admirables, sin que se use la menor cantidad de carbón, desempeñando por completo el papel de éste la «hulla blanca», la fuerza hidráulica. Pero lo que, sin ser menos importante es menos conocido, son las grandes fábricas de nitratos artificiales de Notodden (Noruega), en las que se obtiene el nitrógeno del aire por medio del arco eléctrico.

En estas fábricas es también el agua la que proporciona la colosal energía necesaria; la hulla negra no pinta el menor papel ni entra para nada en el establecimiento. Hasta la calefacción se hace por la electricidad. A veces se requieren temperaturas elevadísimas para el tratamiento de los productos obtenidos; pues bien, esas temperaturas se consiguen mediante los gases calientes que se escapan de los hornos eléctricos.

Todo esto deben tenerlo en cuenta los pesimistas que ven en el agotamiento, más o menos inevitable y próximo, de las minas de carbón, una amenaza de muerte para la cultura humana.

Los parecidos.

Cuando el rey Jorge de Inglaterra era el Príncipe de Gales, tenía tal parecido con el Zar Nicolás II, que hubieran podido muy bien pasar por hermanos gemelos.

En una época en que ambos soberanos estuvieron reunidos en el castillo de Windsor, se entretenían en llevar vestidos idénticos, dando ocasión a que continuamente los confundieran los personajes de la Corte.

Para evitar todo error, tuvieron al fin que cortarse el pelo de una manera diferente, y buscar siempre llevar vestidos no parecidos.

En Berlín habitaba un rico propietario llamado Adolfo Hichfedl, que se parecía tanto a Guillermo II que algunas veces a su paso por las calles fué aclamado como Kaiser.

Guillermo II, molesto por estas confusiones, ordenó al propietario que se fuese a habitar a otra población.

El difunto Humberto I, rey de Italia, se parecía tan extraordinariamente a un fotógrafo de Palermo, llamado Bertolani, que un día en que este se hallaba en Roma, sentado en la terraza del café Argno, tomando un aperitivo, se reunió allí un gran gentío, asombrados de ver al que creían rey de Italia, sentado sólo en un café como el último de los burgueses. Bertolani, que imitaba en todo al soberano, se sentía muy orgulloso de su parecido.

El reloj profeta.

El célebre reloj de la Torre del Parlamento de Londres, conocido por el nombre de «Big Ben», se ha parado tres veces por haberlo helado la nieve que se amontonaba en sus manecillas.

En Diciembre del año 1861, poco antes de morir el esposo de la Reina Victoria, ocurrió un curioso episodio. Por haberse descompuesto una pieza de la maquinaria, dió el reloj mas de cien campanadas seguidas, y la gente que ignoraba la causa del fenómeno, lo tomó como presagio de la grave pérdida que poco después experimentó la nación con el fallecimiento del príncipe consorte.

El día 9 de Abril de 1866 cometió la travesura el reloj de pararse de pronto, precisamente cuando Mr. Gladstone estaba pronunciando en el salón debajo de la torre su famoso discurso en favor de la autonomía de Irlanda. Esto fué, para algunos, señal de que no se aprobaría la ley, y los profetas acertaron, aún cuando la parada obedeció sencillamente a falta de aceite en la maquinaria.

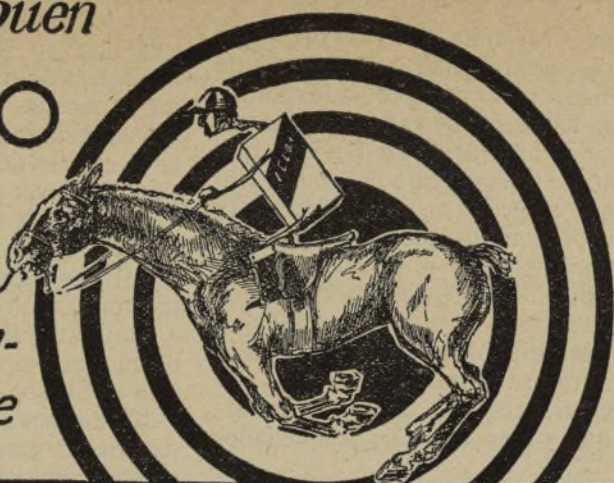


un buen jinete

hace un buen

Caballo

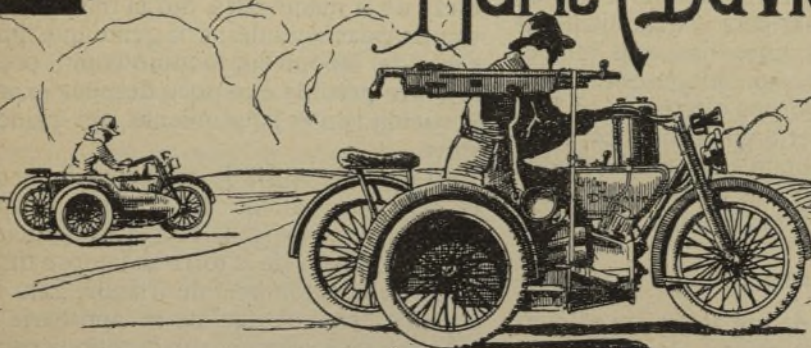
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



LA MOTOCICLETA MILITAR
es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J.A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:
CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 29
15 MARZO 1922,

Precios de suscripción
Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO
Semestre... 12 00*ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

EFEMÉRIDES.—La creación de la Guardia civil.

PÁGINAS MAESTRAS.—El estudiante alemán.

CARTA DE LA MADRINA.

CURIOSIDADES ENTOMOLÓGICAS.

ANDANTE ESPAÑOLERÍA.

INVENTOS.—De la tierra a la luna.

LA FABRICACION DEL ORO.

DE RUSIA SOVIÉTICA.—El fantasma del hambre.

MADRID SE EMBELLECE.—La plaza de la Cibeles.

HISTORIA.—De la antigua Roma.

VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS.—La luz en el mar.

TRADICIONES AMERICANAS.

EL HIMNO DEL MARINO.—Poesía.

NOVELA.—El lazarrillo español.

ACTUALIDADES, ENTRETENIMIENTOS, ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES.



LA AVENTURA DEL ESTUDIANTE ALEMÁN

Por Washington Irving



Una noche tormentosa, en la tempestuosa época de la Revolución Francesa, regresaba a su alojamiento un joven alemán, a hora avanzada, cruzando la parte antigua de París. Brillaban los relámpagos, y los retumbantes truenos resonaban en las elevadas y estrechas calles...

Gottfried Wolfgang era un joven de buena familia. Había estudiado durante algún tiempo en Gotinga; pero, de un carácter visionario y entusiasta, había caído en las irrazonables y especulativas doctrinas que con tanta frecuencia descarrían a los estudiantes alemanes. Su vida apartada, su intensa aplicación y la naturaleza singular de sus estudios, influyeron en su inteligencia y en su cuerpo. Su salud estaba resentida; su imaginación, enferma. Habíase entregado a especulaciones sobre las esencias espirituales, y llegó, como Swedenborg, a tener un mundo ideal a su alrededor. Le dominó la idea, no sé por qué causa, de que había una maléfica influencia pendiente sobre él; un genio o espíritu maléfico que trataba de apoderarse de él y lograr su perdición. Tal idea, obrando sobre su temperamento melancólico, produjo los más tristes efectos. Se hizo huraño y despótico. Sus amigos descubrieron la enfermedad mental que había hecho presa en él, y determinaron que la mejor medicina era un cambio de escena, fué enviado, pues, a terminar sus estudios entre los esplendores y alegrías de París.

Wolfgang llegó a la capital francesa al comienzo de la Revolución. El delirio popular pronto se apoderó de su imaginación entusiasta y le subyugaron las teorías políticas y filosóficas de la época; pero las escenas sangrientas que siguieron conmovieron su naturaleza sensible, hiciéronle mirar con disgusto la sociedad y el mundo y sentirse más solitario que nunca. Encerróse en una aislada habitación del Barrio Latino, la residencia de los estudiantes, y allí, en una calle sombría, no lejos de los monásticos muros de la Sorbona, continuó sus especulaciones favoritas. A veces pasaba largas horas en las grandes bibliotecas de París, esas catacumbas de autores muertos, escudriñando entre sus montones de libros polvorientos y anticuados en busca de alimento para su malsano apetito. Era, en cierto modo, un vampiro literario que se nutría en el pudridero de la literatura corrompida.

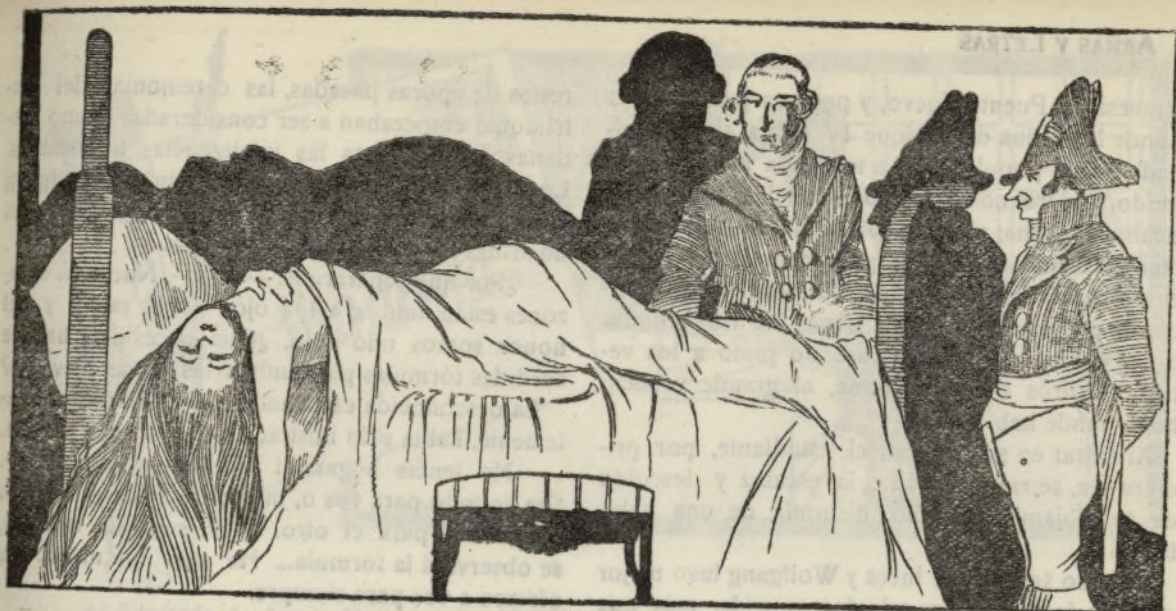
Wolfgang, aunque solitario, era de temperamento ardiente; pero durante algún tiempo éste obró

meramente sobre su imaginación. Era demasiado tímido e ignorante del mundo para insinuarse con el bello sexo; mas era también un apasionado admirador de la belleza femenina, y en su solitaria estancia solía perderse en delirios sobre cuerpos y rostros que había visto, y su fantasía idealizaba imágenes de hermosura que sobrepasaba la realidad.

Mientras su imaginación hallábase en tal estado de excitación, tuvo un sueño que le causó extraordinario efecto. Soñó con un rostro femenino de trascendente hermosura. Tan fuerte fué la impresión que le produjo, que soñó con él una y otra vez. Llenaba sus pensamientos durante el día y sus horas de reposo durante la noche; en fin, terminó enamorándose perdidamente de aquella sombra de un sueño. Tanto duró éste, que se convirtió en una de esas ideas fijas que acosan la imaginación de los hombres melancólicos y que a veces se confunden con la locura.

Tal era Gottfried Wolfgang y tal su situación en la época a que me refiero. Volvía tarde a su casa en una noche tempestuosa, a través de algunas





viejas y tenebrosas calles del Marais, la parte antigua de París. El estrépito de los truenos retumbaba entre los altos edificios de las calles estrechas. Llegó a la plaza de Grève, donde se efectuaban las ejecuciones públicas. El relámpago temblaba en las cúspides del antiguo Hôtel de Ville y vertía vacilantes resplandores sobre el espacio abierto enfrente de él. Cuando Wolfgang atravesaba la plaza retrocedió horrorizado al verse junto a la guillotina. Era el apogeo del reinado del terror, cuando ese espantoso instrumento de muerte estaba siempre pronto a funcionar, y su cadalso continuamente regado con la sangre de los virtuosos y de los valientes. Aquel mismo día habíase empleado activamente en su obra de carnicería, y allí se mantenía en acecho en medio de una ciudad dormida y silenciosa, en espera de nuevas víctimas.

El corazón de Wolfgang languideció dentro del pecho; y ya se apartaba estremecido de la horrible máquina, cuando vio una figura difusa, agachada, que parecía hallarse al pie de los peldaños que conducían al cadalso. Una sucesión de vívidos relámpagos se la hizo ver con más claridad. Era una figura femenina vestida de negro. Estaba sentada sobre uno de los primeros escalones del cadalso, inclinada hacia adelante, con la cara oculta en el regazo y con largas trenzas sueltas tocando el suelo, empapadas con la lluvia que caía a torrentes. Wolfgang se detuvo. Había algo espantoso en este solitario monumento de dolor. La mujer tenía apariencia de no ser una mujer vulgar. Sabía él que aquella era época de vicisitudes y que muchas hermosas cabezas que antes habían reposado sobre almohadas de pluma ahora vagaban sin hogar. Quizás era ésta alguna pobre infeliz a quien la horrible cuchilla había traído la desgracia, y que reposaba allí con el corazón destrozado, al borde de la vida,

de la cual todo lo que amó había sido lanzado a la eternidad.

Aproximóse a ella y le habló con acentos de simpatía. Ella levantó la cabeza y le miró fieramente. ¡Cuál no sería el asombro de Wolfgang al contemplar, al vívido resplandor de los relámpagos, el rostro mismo que le perseguía en sus sueños! Estaba pálido y desconsolado, pero extraordinariamente hermoso.

Temblando entre violentas y opuestas emociones, Wolfgang se aproximó de nuevo a ella. Habló de lo arriesgado que era, a tal hora de la noche, exponerse a la furia de la tempestad, y se ofreció a acompañarla en busca de sus amigos. Ella señaló a la guillotina con un gesto lleno de miedo.

—No tengo amigos en la tierra—dijo.

—Pero tendréis un hogar—replicó Wolfgang.

—Sí... ¡en la tumba!

El corazón del estudiante se conmovió al oír tales palabras.

—Si un extraño puede hacer un ofrecimiento—dijo—sin peligro de ser mal comprendido, yo os ofrezco mi humilde habitación como un refugio y a mí mismo como un verdadero amigo. También yo estoy sin amistades en París y soy un extranjero aquí; pero si mi vida puede servir de algo, está a vuestra disposición y la sacrificaría antes que sufrírais un daño o una indignidad.

Había en las palabras del joven una honrada sinceridad que hizo su efecto. Además, su acento extranjero le favorecía, mostrando que no era un frívolo habitante de París. Verdaderamente, hay una elocuencia en el entusiasmo sincero que no se puede poner en duda. La desamparada desconocida se confió implícitamente a la protección del estudiante.

Éste sostuvo los pasos vacilantes de la mujer a

atravesar el Puente Nuevo, y pasaron junto al sitio donde la estatua de Enrique IV había sido derribada por el populacho. La tormenta había disminuído, y el trueno retumbaba a lo lejos. Todo París estaba en calma; el gran volcán de la pasión humana dormía breve tiempo, acumulando nueva energía para la erupción del día siguiente. El estudiante condujo su carga, a través de las antiguas calles del Barrio Latino, pasando junto a los vetustos muros de la Sorbona, al grande y sucio hotel donde habitaba.

Al entrar en su estancia, el estudiante, por primera vez, se ruborizó ante la escasez y descuido de su alojamiento. Sólo disponía de una habitación.

Cuando se trajeron luces y Wolfgang tuvo mejor ocasión de contemplar a la desconocida, más que nunca se sintió subyugado por su belleza. Su rostro estaba pálido, pero encantadoramente hermoso, embellecido por la profusión de negrísimos cabellos que lo circundaban. Sus ojos eran grandes y brillantes, con una singular expresión que se aproximaba casi a la ferocidad. En todo cuanto su negro vestido permitía ver su figura, mostraba la perfección de sus formas. Toda su apariencia era muy notable, aunque estaba vestida con la mayor sencillez. Lo único que en ella podía considerarse como adorno era una ancha cinta negra que le rodeaba el cuello, sujeta con un broche de diamantes.

El estudiante empezó a preocuparse sobre lo que debería hacer con este ser desamparado que así estaba bajo su protección. Pensó dejarse su habitación y buscar alojamiento para él en otra parte. Pero estaba tan fascinado por sus encantos, parecía ser tal el hechizo que ejercía sobre sus pensamientos y sus sentidos, que no podía prescindir de su presencia. La conducta de la mujer, además, era singular e inexplicable. No volvió a hablar de la guillotina. Su pesar había disminuído. Las atenciones del estudiante habían primeramente ganado su confianza, y luego, en apariencia, su corazón. Era, evidentemente, una entusiasta como él, y los entusiastas pronto se comprenden.

En su infatuación momentánea, Wolfgang le confesó su pasión. Le contó la historia de su misterioso sueño, y cómo ella había sido dueña de su corazón aun antes de que él la hubiera visto. Ella se impresionó extrañamente con el relato, y confesó haber sentido hacia él un impulso igualmente inexplicable. Era la época de las teorías atrevidas y de las violentas acciones. Los viejos prejuicios y supersticiones habían desaparecido; todo hallábase bajo el dominio de la «Diosa Razón». Entre otros

restos de épocas pasadas, las ceremonias del matrimonio empezaban a ser consideradas como cadenas inútiles para las inteligencias honorables. Los contratos sociales estaban en boga, Wolfgang es muy dado a la teoría y no podía sustraerse a las doctrinas liberales de aquellos días.

—¿Por qué separarnos?—dijo—. Nuestros corazones están unidos; a los ojos de la razón y del honor somos uno solo. ¿Qué necesidad hay de sórdidas fórmulas para unir a las almas elevadas?

La desconocida escuchaba con emoción; evidentemente, había sido ilustrada en la misma escuela.

—No tenéis hogar ni familia—continuó él—. Sea yo todo para vos o, más bien, seamos todos los dos el uno para el otro. Si se necesita fórmula, se observará la fórmula... He aquí mi mano. Me ofrezco a vos para siempre.

—¿Para siempre?—dijo ella solemnemente.

—¡Para siempre!—repitió Wolfgang.

La desconocida oprimió su mano.

—Entonces, soy vuestra—murmuró cayendo sobre el pecho del estudiante.

A la mañana siguiente Wolfgang dejó a su novia durmiendo, y salió a hora temprana para buscar habitación más espaciosa en consonancia con el cambio de su situación. Al regresar encontró a la mujer tendida con la cabeza colgando fuera del lecho y un brazo sobre ella. La habló y no obtuvo respuesta. Adelantóse para despertarla viendo su incómoda postura. Al tocarle la mano advirtió que estaba fría... no había pulsación... Su rostro estaba pálido y demacrado. En una palabra: era un cadáver.

Horrorizado y frenético, alarmó la casa. Siguió una escena de confusión. Se avisó a la policía. Cuando el oficial entró en la habitación, retrocedió al contemplar el cadáver.

—¡Gran Dios!—gritó—. ¿Cómo ha venido aquí esta mujer?

—¿Sabéis algo acerca de ella?—preguntó Wolfgang con ansiedad.

—¿Que si sé?—exclamó el oficial de policía—. ¡Fué guillotinado ayer!...

Adelantóse, soltó la cinta negra que rodeaba el cuello del cadáver, y la cabeza cayó rodando al suelo.

El estudiante fué presa de un frenesí.

—¡El diablo, el diablo se ha apoderado de mí!—gritó—. ¡Estoy perdido para siempre!

Se trató de calmarle, mas en vano. Habíase adueñado de él la terrible creencia de que un espíritu infernal había reanimado el cuerpo mutilado para apoderarse de él mismo.

Perdió la razón y murió en un manicomio.



Al Teniente de Ametralladoras del Batallón de Andalucía núm. 52, en Tauriat Hamet

D. ANGEL LAMAS ARROYO

Querido ahijado: *Hardu* (1) en *Gan-as* de *Ber-tual*-ojamiento, y me pregunto: ¿*Dar-Hamet* ver-güenza *Kandusi Arbaa* la puerta para *Afra-zar-me*?... ¡Ay, *Drius* mio! ¿*Ykemba* a saberlo?... Pero yo soy muy *Tazuda* y, antes de *Quebdani* aquí, *Za-ua*-ría de mi casa y atravesaría a *Nador* el Estrecho, para *Axdir* hasta tu lado.

Sidi Dris-es que estoy loca, y mandas qu-*Yme-haten* para que no me *Arruit-me*, *Sebá* a armar la de *Drius* es Cristo.

Tumiat bien que si *Tifasor-do*, y *Sidi Salem* a detenerme, *Basbel* como *Batel* cobre una mujer que no admite *Buasa-s* de nadie; *Kadur-a* no hay quien me eche la pata.

Sauriat-s que *Tisingar*-é hasta el fin del mundo, sin *Midar* miedo. ¡*Chemorra* si no lo cumplo!

Azagaj, pues, bien el oído, porque te daré mu-cha *Guerrua* y *Texdra-s* que ver, aunque *Chautia-s* que te *Alcazaba* enseguida. *Seb* demasiado que *Metalea-rás* con el Santo y la limosna; pero no me importa. *Yshafen* todos que quien mucho *Kert* es desinteresado. Mas, si me veo a-*Busada* por ti, *Tin-charet* de un puñetazo *Tauriat-Narrich*-es; porque tengo más fuerza que un *Atlaten*.

Sebra-s que mi *Ermana* la *Mar-Chica*, está con *El Abbad* del pueblo, en *Nador*. *Zaio* para ense-ñarle las *Tetas*. ¡*Kalcul-a* lo que dirán de esa *Barra*-na los vecinos! Ya *Zeluan* contado a m-*Yger-man-o*, y *El Telat* escrito a ti. Pero como a ti eso

Tensalek por una friolera, te haces el *Zoco*. ¡Que *Tistutin* eres!

¡*Talusit-do* hombre! Porque *Segangan* ahí bue-nos pesos *Annual-mente*, *Baax* a pedir seguir por allá. Yo *Tagzut-guro* que cuando lo sepa tu ma-dre, se pone *Seriazit-a*; no pasa sin *Yfardasen*, y se de-*Ziata-rá* en improperios.

Beni-Ulixek yo que harías alguna charranada, cuando *Mesaud-ó* en tu nombre *Suakin*, el hijo de *Tikermín-o*.

¡*A-Tizza*! ¿Ahora resulta que te *Had* encontrado la *Casa-Quemada*? Sentiría *Kert Aograz-es* entre la humareda. *Ben-Tieb* avisado que *Kerker* día *Bu-Xdar-ian* que sentir.

Assel favor de *Mehdi-cir* lo que *Hasi-Tuit* ahí con las moritas. ¡Mucho *Cudia-do*! A mi no *Meha-datz* con *Meskat-el*. A-*Berkan-do* podremos *Afra-zarnos*.

Sammar; *Kert-e* conserves bueno y no dudes *Kert-Amarah* como *Tafersit* tu *Hamman-te* madri-na que *Tenarda Uestria* la muerte.

Bagdad-lena.

Por el oficio de amanuense,

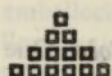
CÁNDIDO LAMAS SANTOS

(1) Los nombres sub-rayados, pertenecen a las localidades africa-nas y están empleados como *onomatopeyas* de las palabras españolas con que deben ser sustituidos, para la buena comprensión.

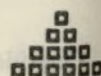




CURIOSIDADES ENTOMOLÓGICAS



LA MANTÍS RELIGIOSA



Vive entre las hierbas y malezas de nuestros campos, un insecto verde pálido con alas de gasa, patas raseras largas y provistas de sierras, patas delanteras como harpones y cuello flexible a cuyo extremo se atomilla una cabecita que termina en fino hocico puntiagudo, y que continuamente mira, inspecciona y examina a su alrededor.

Este animalito, se llama *Mantis religiosa* en la guía oficial, *Santa Teresa* en Andalucía, *beata* y *Cervatana* en Castilla y *prega a Deu* «reza a Dios» en Cataluña.

La ciencia y el pueblo están de acuerdo en la denominación de esta rara criatura, a quien ya los griegos llamaban el adivino, el profeta.

La mantís en oración.

La postura favorita de la mantís, es manteniendo el cuerpo erguido, las finas alas dilatadas a manera de velo, los brazos suplicantes, levantados hacia el cielo en gesto de invocación.

Tiene su leyenda: en algunos pueblos, los niños extraviados en el campo se dirigen a la mantís para recobrar el camino. El insecto consultado extiende la pata indicando la dirección y nunca se equivoca.

Bajo este aspecto sencillo e inofensivo, que engaña a los hombres, pero no a los insectos, se ocultan unos instintos de ogro, que la convierten en el terror de la población entomológica; parece que reza cuando en realidad está siempre en acecho de su víctima, y las patas plegadas hacia el cielo son

armas terribles atentas a lo que se le aproxima en la tierra.

Sobre la presa.

Si pasa junto a ella, algún saltamontes langosta o cualquier otro insecto, la *mantis* desdobra sus patas, avanza con sus arpones y enseguida vuelve a su posición normal, llevando capturada la presa que, cogida en el engranaje de aquellas tenazas que parecen de acero, no encuentra medio de librarse; chicharras, saltamontes, libélulas mariposas, moscas, abejas conocen a este terrible enemigo, que les intimida con su presencia, con su mímica expectral paralizándolos de espanto, atrayéndolos al sacrificio estúpidamente.

La mantís plantada con arrogancia sobre sus patas posteriores, con sus alas abiertas, con los garfios capturadores abiertos en cruz, se distiende en bruscas sacudidas, vigila al insecto con la mirada fija en su dirección y la cabeza girando un poco conforme el otro va moviéndose... El expectro con los garfios al aire, tiene ya a su alcance a la víctima fascinada. Entonces los dos arpones se abaten, los anzuelos se agarran y las sierras aprietan...

En vano protesta la víctima, muerde al aire y cocea; ya no pertenece al mundo de los vivos; la mantís, repliega sus alas, que es su pendón de batalla, vuelve a su aspecto pacífico y empieza el banquete.

Dos horas tarda, en roer el cadáver de un saltamontes que tiene casi siempre más volumen que ella; el ataque empieza por la nuca; escarba y muerde

de en el punto descubierto, y si tiene mucha hambre no deja más que las alas; patas, tegumentos coriáceos, todo es comestible para esta gran carniceira, tigre de los insectos, de tan pacíficas apariencias...

¡Gran tragedia la de estas vidas minúsculas!... horrible cuadro el de un decapitado, un cadáver persistiendo en querer dar la vida...

El nido de la Mantis.

La viuda trágica, se preocupa por Septiembre de hacer el nido, donde depositará sus huevos.

Más que nido, es una cuna que ella misma confecciona con un líquido viscoso que expulsa, y bate con las patas, a modo de cucharas, hasta formar una pasta como la clara de huevo.

Esta cuna que sitúa en sitios soleados, tiene unas dimensiones de cuatro centímetros de longitud, por dos de anchura; cuando se seca presenta una substancia parecida a la seda, que en lugar de estirarse en hilos, se concrecionará en masa espumosa; y dentro van sumergidos los huevos, alineados en fajas a lo largo.

La corteza espumosa forman un colchón de aire, espuma coagulada que mantiene en el interior una temperatura uniforme, previsoramente medida para preservar unos huevecillos que tienen que pasar el invierno en una rama o en una piedra, expuesta a los rigores de la mala estación... ¿Como es que la mantis, ha adelantado en tantos siglos a nuestra física en este delicado problema del calor?

Un nido de regulares dimensiones contiene de cuatrocientos a quinientos huevecillos.

Acabada la postura, la madre abandona su nido indiferente; ya pueden cruzar ante ellas saltamontes y chicharras; ya puede disputarle una celosa rival el macho... Nada le interesa.

Pasaron sus tres grandes épocas de cazadora, amante y madre; en ellas demostró su potencia y fiera; ahora es ya la vieja decrepita que vaga por la maleza, sin rumbo ni norte; y los primeros fríos la hielan o se deja ahogar en el fango que forman las primeras lluvias cuando no sirve de pasto a otros insectos que van de caza...

...Y así acaba su vida casi siempre ofrendándose para un festín, la que tantos festines supo darse en sus días de juventud y brío...

Amores trágicos.

Hay épocas en que las hembras atacadas de celos feroces, se provocan e insultan con la mirada; soplan sus alas como aspas de un molino, se abren los garfios, y el gesto expectral impone terror; frente a frente las rivales, entrecruzan los arpones como floretes; si el duelo es a primera sangre, pronto una de ellas se declara vencida y huye avergonzada a curarse los rasguños; si el duelo es a muerte, la vencida, pasa al estómago de la rival: es la costumbre.

A fines de Agosto, el macho, más endeble y pacífico que la hembra, enamorado, echa miraditas a su compañera; se pasea ante ella con el pecho levantado y la cabeza contoneándola sobre el cuello flexible; de súbito se acerca, extiende las alas y se extremece con temblor convulsivo; es la petición de mano.

La hembra lo acoge amoroso; pero la luna de miel es corta; aquel mismo día o al siguiente lo más tarde, la dulce compañera, con el último abrazo conyugal da a su «hombre» un mordisco en la nuca y después lo consume a bocaditos sin dejar más que las alas; el mismo trato que a las libélulas y a los saltamontes.

La mantis, prodiga sus amores, pero hace pagar con la vida la felicidad nupcial.

Comerse el amante después de consumado el matrimonio, darse un banquete con el padre de sus hijos es uso entre varios insectos, la araña entre ellos. Pero la mantis es más cruel, porque no le concede plazo para que huya, y a veces mientras el macho absorbe la estrecha amoroso, ella roe apaciblemente los encantos de su dulce amante...





ANDANTE ESPAÑOLERÍA

Por el Teniente Coronel García Pérez



Ramón Pardo

Cadete del regimiento Inmemorial del Rey, Murió bravamente en el combate de la Graña (Coruña) el 26 de Agosto de 1800.

Mariano Montoro

Los franceses batían fuertemente la plaza de Gerona; el 3 de Julio de 1809 un proyectil derribó la Bandera que tremolaba en un ángulo del castillo de Montjuich; el Subteniente de Voluntarios de Vich, Montoro, al contemplar la caída de la enseña patria lánzase a recogerla; por la brecha ya abierta, baja al foso; entre una lluvia de fuego corre hacia la amada reliquia; tómalas en sus manos y vuelve ligero a la muralla colocándola en el lugar que antes tuviera.

Fray Julián Delica

Este capuchino empieza a distinguirse en el sitio de Rosas (guerra de la Independencia), donde con 50 paisanos hace retroceder dos columnas de 200 y 400 franceses; más tarde, al frente de 70 jóvenes de Toro inaugura con ellos sus campañas del Duero.

Noticioso de que por orden de Soult había salido de Zaragoza para Madrid en Julio de 1809 el general Franceschi, vítese los hábitos de capuchino y montado en una mula preséntase al francés rogándole le dejase ir en su segura compañía temiendo a los guerrilleros, pues se dirigía a Valladolid; recibido con desconfianza en un principio hizo bien pronto desaparecer ésta, a causa de llevar siempre la vista sobre un breviario que le ayudaba a rezar; al atravesar cierto día un pinar, oyóse el canto de un cuco al que respondió Delica con un silbido; y rápidamente se vieron los franceses sorprendidos por los soldados del fraile, quien se apoderó de Franceschi y de los pliegos reservados que llevaba.

Dos meses después, vence a los franceses entre Simancas y Valladolid; perseguido por fuertes columnas fué apresado en Tordesillas y conducido prisionero a Francia.

Santos Fernández

Este paisano murió heroicamente defendiendo la ciudad de Astorga contra las huestes napoleónicas 19 de Octubre de 1809; su padre, al verlo caer, corre a ocupar su puesto; y tomando el fusil de su hijo exclama:

Si murió mi hijo único, vivo yo para vengarle.

Sebastián Gotti

Durante la guerra de la Independencia era *vista de Aduana*; prefiriendo la pérdida del destino antes que jurar a José I, organizó una pequeña partida que batió con éxito a los franceses, perseguido tenazmente por éstos, hubo de refugiarse con 30 adictos cerca de Santa Coloma de Gramanet.

Contra sus adversarios desplegó entereza e idoneidad llegando a perder 20 hombres; falto de municiones ofreció capitular; pero impuso la condición de que le permitiesen entrar en Barcelona con sus diez soldados batiendo marcha.

Honrando al vencido aceptaron los franceses; a las tres de la tarde del 6 de Noviembre de 1809, entraba Gotti en la ciudad condal con la espada desenvainada al frente de sus diez hombres precedidos de un tambor que batía marcha española; en el gobierno militar hizo alto y depuso las armas; y al día siguiente partían para Francia en calidad de prisioneros.

Andrés Quercó

Durante el combate de Ocaña (19 de Noviembre de 1809), este sargento primero del Regimiento de Córdoba, hallábase no lejos del lugar donde flameaba la Bandera de su Cuerpo enardecido a las tropas para arrancar a los franceses el cetro de la victoria; muertos casi todos los defensores de la enseña, ésta pasa a manos de los adversarios.

Quercó, encendido entonces de amor patrio, atraviesa las filas contrarias y llega ante el portador de la jurada Bandera, entabla violenta lucha consiguiendo matar a su adversario rival; ocultando el lábaro santo huye del campo de batalla; y al día siguiente preséntase en Puertollano entregando la Bandera de Córdoba.

Antonio Martín

Siendo Cabo del Regimiento Voluntarios de Sevilla, combate cerca del Abanderado de su Cuerpo en los campos de Ocaña, (19 de Noviembre de 1809); herido el oficial y próximo a morir recoge Martín la enseña de la Patria; perdida la batalla y temeroso de que la Bandera pudiera caer en poder de los contrarios, Martín quita el paño de su asta y escóndelo debajo de su uniforme.

Prisionero de sus rivales, con santa veneración guardó secretamente la Bandera; fugitivo de su cautiverio llegó el 31 de Diciembre a la Carolina donde hizo entrega de su adorada reliquia.

Por tan señalada conducta fué recompensado con la Subtenencia de la misma Bandera.

DE LA TIERRA A LA LUNA

EL NUEVO PROYECTIL COHETE

Las utopías de hoy serán
las realidades de mañana

El hombre ha podido elevarse ya a diez mil metros de altura en el aire, guiando a su antojo la nave que le conduce, y hace treinta años, un proyecto semejante se consideraba una locura.

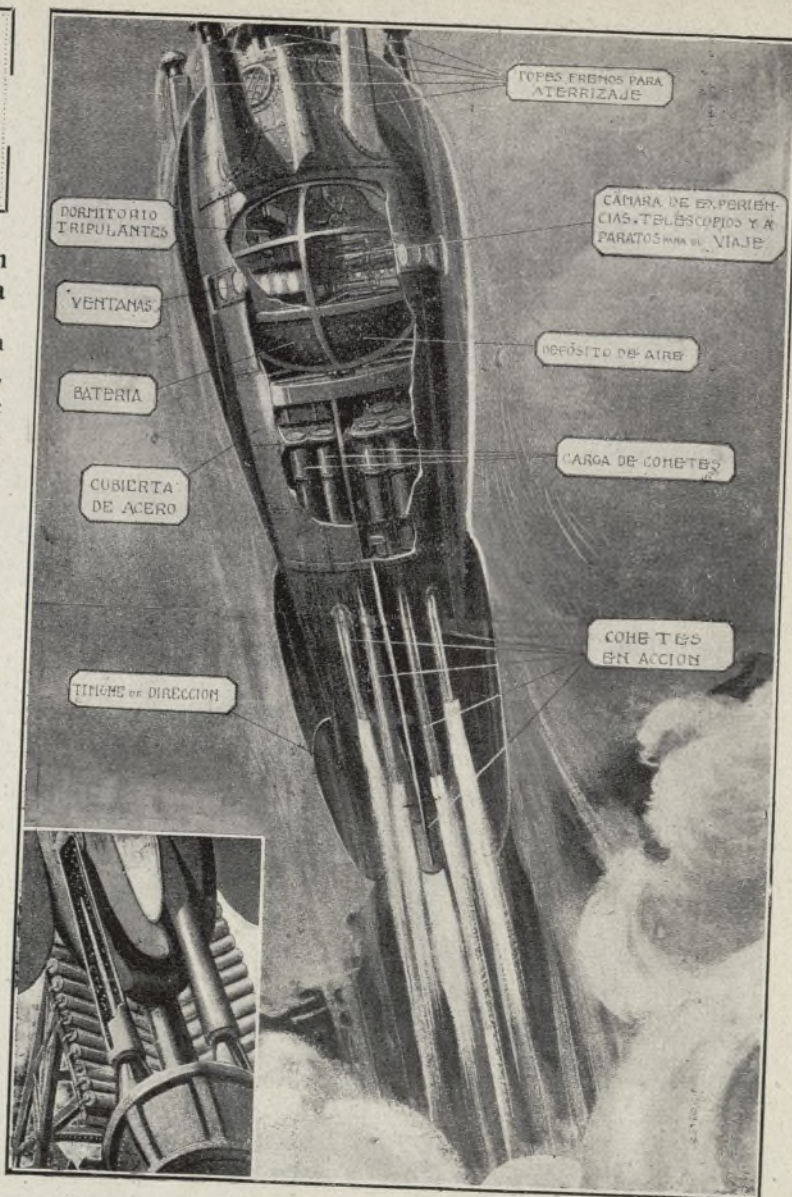
Julio Verne en una de sus famosas novelas científicas—*De la Tierra a la Luna*—imaginaba que un proyectil, lanzado por un cañón monstruo, podía atravesar la atmósfera y transportar a la luna a audaces exploradores provistos de tubos de oxígeno, para respirar durante el viaje aéreo.

Una idea análoga a la de Julio Verne—que fué un profeta de la Ciencia—preocupa en estos momentos al doctor americano Goddard que propone la construcción de un gigantesco cohete destinado a proyectar hacia la luna un proyectil de acero, suficientemente grande para albergar una misión de hombres de ciencia, con su instalación completa de aparatos científicos, camas, libros, víveres y cuanto pueda serles de utilidad en el viaje.

Detrás del proyectil, se construirá un cohete con una fuerte carga de explosivos y un detonador; cuando la carga explota el proyectil es lanzado al espacio asegurándose su propulsión por el gas del cohete, activado por la reacción. Sucesivas explosiones de otros cohetes, ya en el espacio, irán imprimiendo al proyectil, velocidades mayores hasta que salga de la atmósfera de la tierra y desaparezca la influencia de la gravedad, hacia la tierra.

Una última explosión, dará en este momento al proyectil una velocidad vertiginosa por tiempo indefinido, velocidad que en su caída sobre la luna, será preciso aminorar, para caer dulcemente, por medio de estos cohetes que impriman fuerza en sentido contrario al del descenso.

Para su lanzamiento, el proyectil será situado sobre un canal formado por rodillos metálicos giratorios sobre su eje, que aminoren la resistencia



por fricción, en el momento de partida. Esta canal, se acondicionará sobre una construcción metálica en forma de pirámide truncada, elevada sobre la azotea de un *rasca-cielos* de veinte o treinta pisos, como los que existen en Nueva York y otras ciudades de América.

El *aterrizaje* en la superficie de la luna, no deja de ser un problema difícil; es indispensable estudiar una serie de dispositivos capaces de absorber en el momento de la llegada, la energía que arrastra a este novísimo vehículo, a fin de evitar que se estrelle y pulverice con todos sus ocupantes.

El proyecto del doctor Goddard, no debe parecerse absurdo, después de haber visto realizarse otros que parecían imposibles: la navegación submarina, la telegrafía sin hilos y tantos otros, que nos hacen pensar que tal vez este proyecto, entre pronto en el dominio de las realizaciones.

Ayuntamiento de Madrid



MILAGROS DE LA CIENCIA MODERNA

LA FABRICACIÓN DEL ORO

«Gracias a uno de mis últimos descubrimientos, la descomposición del plomo—cuerpo que se creía simple—en dos elementos distintos, creo poder afirmar; que en un cercano porvenir se fabricará el oro».

Coincidiendo con esta interesante declaración de Edison, otro sabio americano, el profesor Irving Fisher, anunció en una conferencia dada en la Escuela de Ciencias Políticas de Londres, que un químico alemán, estaba dispuesto a fabricar oro, por medio de la electricidad, sacándolo de cualquier otro metal.

La afirmación no puede ser más grata para un mundo arruinado por la más terrible de las guerras y para alegrar a una sociedad que ha perdido la costumbre de tintinear las peluconas que nuestros abuelos guardaban en orzas de barro y enterraban en insospechables rincones del hogar para sorpresa de los albañiles que las hallaban en los derribos...

¿Pero qué acogida merece esa extraordinaria información? ¿Es verdaderamente el anuncio de uno de los más interesantes milagros de la ciencia moderna? ¿Es una fantasía?

Aunque no pongamos en duda la buena fé ni la competencia de tan ilustres personalidades, seanos permitido, ser un poquitín excépticos: por muy autorizado que sea el testimonio no basta para crear la evidencia; existen precedentes desconsoladores: Hace ya varios centenares de años que otros sabios daban por seguro el descubrimiento de la piedra filosofal...

Pero no hay que perder tampoco toda esperanza: porque si aun no han encontrado en el fondo de los crisoles el «divino» metal, se ha descubierto una cosa más rara y preciosa; una idea fecunda, una excelente teoría, punto de partida en la nueva ciencia mineralógica: «que todos los cuerpos están compuestos de una materia única».

Este viejo dogma de la unidad de la materia, los descubrimientos de Lavoisier, padre de la química moderna, merecían tan poco crédito a nuestros abuelos, que durante todo el siglo XIX los ensayos de transmutaciones, parecía a muchos espíritus enemigos de las teorías inconsistentes, tan vanos como las del movimiento continuo, o la de la cuadratura del círculo.

Hoy, gracias a los descubrimientos de los genios científicos, el aspecto del Universo ha cambiado mucho. Estamos muy próximos a creer que los viejos alquimistas tenían razón: por lo pronto, la teoría—sostenida durante un siglo—de los cuerpos simples, se ha modificado profundamente.

La materia, no es más que energía; el átomo, no es ya el último bloque indestructible, sino algo como un sistema solar formado por un núcleo central, cargado de electricidad positiva, en torno al cual gravitan a velocidades fantásticas, pequeños corpúsculos cargados de electricidad negativa, que han sido bautizados con el nombre de *electrones*.

Los cuerpos no difieren unos de otros más que por la cantidad de electrones contenidos en el átomo; axisten varios centenares en el átomo del hidrógeno, y algunos millares en el átomo del mercurio.

Admitiendo esta teoría de la constitución de la materia, no hay razón para dejar de ensayar el cambio de un cuerpo en otro; el problema a resolver consiste en dividir los átomos de un cuerpo,

desintegrarlos, hasta el punto de separarles o añadirles electrones... ¿es posible?

En teoría sí, porque la naturaleza nos da ejemplo de desintegraciones espontáneas. Solo, sin fuerza exterior que le obligue, el uranio se convierte en torio, después en radio y por último en plomo; a su vez, el radio se convierte en polonio y en helio puro. Es verdad que el tiempo necesario para estas diversas mutaciones no es inferior a dos mil años para el radio y a sesenta millones de siglos para el uranio. La velocidad de estas transformaciones es invariable: al menos no se conoce aun ningún procedimiento para acelerarla o retardarla; sométase el radio o el uranio a las combinaciones químicas que se quieran, y continuarán sujetos a la misma ley; una fracción, siempre la misma, se descompondrá en cada momento.

Es que la fuerza que mantiene unidos los electrones es enorme; la energía intra-atómica, por ejemplo, contenida en 35 gramos de cloro, sería suficiente, si pudiera ser aprovechada, para mantener en plena velocidad durante una semana, un tren con treinta unidades cargadas de plomo.

Y esto enseña donde reside la dificultad práctica

de alterar un cuerpo hasta convertirlo en otro, es decir, de modificar un compuesto de corpúsculos tan fuertemente ligados unos a otros.

Sin embargo, existe una acción física descubierta en estos últimos años, que permitirá a los químicos vencer la resistencia intra-atómica; es la *catalyse*.

Se caracteriza esta acción por el hecho de que ciertos cuerpos experimentan una reacción química por su sola presencia; son en cierto modo economizadores de energía.

Un simple ejemplo hará comprender mejor que largas explicaciones el papel que juegan los agentes *catalisadores*.

Tomemos un terrón de azúcar con una espina y sostengámosle sobre la llama de una bujía; observaremos que el azúcar primero se ennegrece, enrojece después, fundiéndose y transformándose en caramelo; pero no arde. Más si antes de situarlo sobre la llama lo tocamos ligeramente con la ceniza de un cigarro el mismo terrón de azúcar arderá como un trozo de madera seca: tendrá catalisa.

La ceniza del cigarro por su sola presencia ha convertido en combustible el terrón de azúcar.

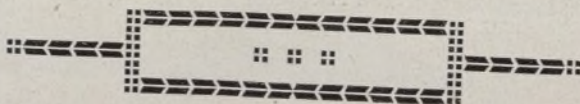
Si el químico alemán a que el profesor Fisher se refiere, ha obtenido el oro en un horno eléctrico, sacándolo de un metal vulgar apostemos que encontró para el oro el catalisador apropiado.

Otro químico francés, ha obtenido 0,096 gramos de oro puro tratando en el horno eléctrico 10 gramos de plata químicamente pura; en otra experiencia obtuvo 0,507 gramos del precioso metal de 10 gramos de plata.

Este oro obedeció a las reacciones características: coloración purpúrea con el cloruro de estaño, verde esmeralda con el ferrocinauro, y castaño con el agua oxigenada en solución alcalina.

Una duda surgiere el experimento: ¿se obtuvo el oro por trasmutación o por hallarse contenido en la plata en estado de impureza?

He aquí como se halla planteada la cuestión del oro artificial. Merece desde luego ser seguida de cerca, puesto que si la solución del antiguo problema de la trasmutación, no nos reporta la riqueza, abre al menos amplios horizontes en el misterio aun insondable de la estructura de los átomos.



EL FANTASMA DEL HAMBRE



Las damas de la antigua aristocracia y los ex-millonarios, venden en la plaza pública los restos de sus galas para comprar pan

Los rusos mueren de hambre. Los rusos mueren del tifus. Los rusos carecen de medios de transportes, de objetos fabricados, de vestidos, de medicamentos. El régimen del terror al cual viene entregado la anárquica nación, da sus frutos naturales.

Al acostarse, el ciudadano ruso sometido a la tiranía de los soviets, piensa si al despertar les sorprenderá la orden de prisión, la acusación de algún crimen indefinido o la sentencia de muerte.

El régimen soviético hace pesar sobre el país una tiranía, ante la que los rigores zaristas se evocan como una dulce tutela, los bienes confiscados, las propiedades nacionalizadas, ciento veinte millones de habitantes dominados por la voluntad monstruosa de una minoría, sirven de campo de experimentación para utópicas teorías, fracasadas al ser contrastadas con la realidad.

La nueva era de paz y fraternidad humana, preconizada por los Apóstoles y «redentoristas» del hombre, se ha convertido al pasar de los libros a la práctica, en el más odioso imperialismo de que guarda memoria la Historia.

En los campos de Volga, treinta millones de campesinos, han perdido su cosecha de trigo: la sequía agotó lo poco que había sembrado el labrador, porque aquellas inmensas regiones, que fueron en otro tiempo graneros de Europa, ya no recibían los cuidados del hombre del campo, a quien el régimen sovieta, habían impuesto como contribución.... ¡el fruto total de su trabajo!

«Todo para la colectividad», era el lema de los sicarios que saqueaban los graneros; y los labradores, poco conformes con esta teoría soviética, se limitaron a sembrar lo necesario para su consumo; una mala cosecha, la falta de transporte, la incomunicación y la falta de solidaridad privó de todo elemento de vida a los treinta millones de habitantes de la región del Volga; ocho o diez millones de seres han muerto ya por consunción: se han registrado escenas de canibalismo, y los muertos llenan los cementerios, jalonan los caminos, se pudren en los hogares, en medio del fatalismo eslavo, de la víctima que no se alza contra los culpables

Europa y América, después de oír los relatos del gran filántropo inglés Nausen, que ha recorrido aquellos campos de desolación, y ha lanzado al mundo una invocación a la caridad, se han sentido conmovidas profundamente y han enviado socorros para aquellos niños, para aquellos miseros, que caen por millares segados por la muerte.

España ha tomado, respondiendo a la nobleza de su historia, parte activa en esta gran comunidad de fraternidad humana, que envuelve una gran lección social.

El mandato cristiano nos ordena ir en socorro de las víctimas: esos hombres que ahora se están



El último modelo de billetes de 100.000 rublos que se usa en Rusia y cuyo valor es de unas siete pesetas aproximadamente.

muriendo son los que, labrando, sembrando y segando, arrancaban el pan a la tierra.

No pensemos en la minúscula pequeñez del esfuerzo individual: si en cada corazón floreciera el brote de caridad, los hambrientos de Rusia serían salvados: sienta cada uno el mandato de la misericordia divina, y pensemos que la caridad es buena hasta por egoísmo...

El hambre, como todas las plagas, es viajera: si Rusia se despierta, la reconstitución de la economía de Europa será más ardua, más lenta, más incompleta.



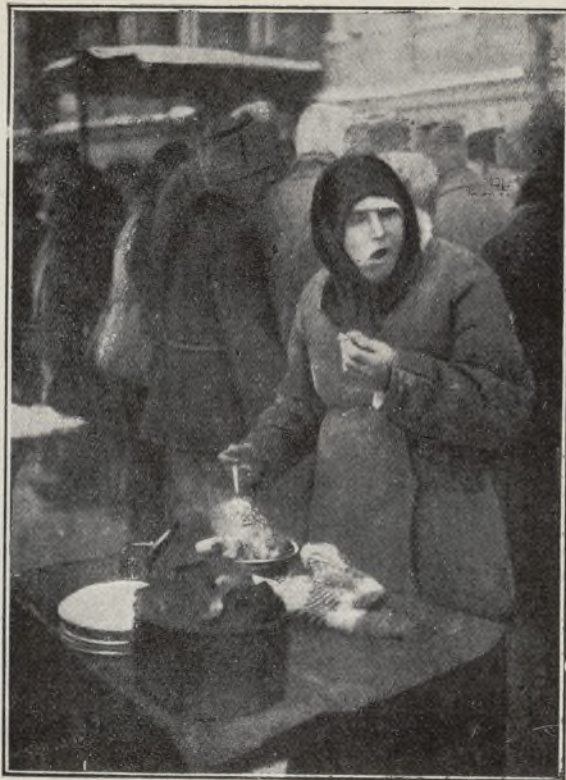
No falta en este concierto de voluntad universal que atiende el mandato «dar de comer al hambriento», quienes escudan el corazón con la coraza de su intransigencia, y dicen: «¡También hay pobres entre nosotros!» «¡Que se coman a Lenin!» «¡Que purguen sus locuras!»

Sofismas y bajas pasiones. No olviden los que así siembran la duda y evitan actos de caridad, que Benedicto XV entregó al doctor Nausen un millón de liras para los hambrientos rusos. No puede venir de más alto el ejemplo...

Y aun en la hipótesis de que el comunismo ruso sea el culpable de tanto dolor, ¿no será una gran lección social para la pobre masa esta generosidad de pueblos que execran el comunismo?

Camba, el gran humorista, lo ha escrito de modo que no hay quien lo supere:

«Vamos a suponer—dice—que en Rusia, la gente no muere a causa de la sequía, sino a causa del bolchevismo; que el hambre rusa forma parte del programa bolchevique, y que es el propio Lenin quien se ofrece a sí mismo, como un regalo de ogro, nada menos que un millón de vidas humanas por semana. ¿Y qué? Ustedes son antibolcheviques, ustedes odian a Lenin, ustedes están en desacuerdo con el Gobierno de los Soviets; pero ¿qué importa nada de esto para que contribuyan ustedes, como puedan, a la labor de socorro? Si considerando el hambre rusa obra de los bolcheviques, no procuran ustedes remediarla, por disconformidad con el bolchevismo, mientras que la hubiesen intentado remediar, en cambio, al creerla consecuencia de una sequía, ¿es que están ustedes, acaso, conformes con las sequías? Ustedes no vacilarían en auxiliar



Las «Cocinas públicas» hacen un simulacro de reparto de rancho que no alcanza a más que a los primeros que forman «cola». 10.000 rublos paga esta ciudadana por su modesta ración.

a los siniestrados por una inundación, por un terremoto o por una lluvia de fuego; pero no quieren auxiliar en modo alguno a los siniestrados del comunismo, porque el comunismo les parece una doctrina odiosa. Pues bien, señores; es mucho más odiosa todavía la doctrina de las lluvias de fuego, de los terremotos y de las inundaciones que ustedes proclaman tácitamente.

Y más odiosa aún, infinitamente más odiosa que esta doctrina, que aquella y que ninguna otra, resulta la doctrina del «por ahí te pudras», del «ahí me las den todas», de la tacañería, de la roñosidad de la insensibilidad, de la miseria...

JORGE DE LA MAZA.





Un paisaje del fondo del mar, donde se observa un curioso efecto de luz.

LA LUZ EN EL FONDO DEL MAR

La visión submarina.

De todos los descubrimientos que, desde hace algunos años, han ampliado nuestro conocimiento sobre el mar, no es el menos interesante el que se refiere a la claridad en las aguas. Las consecuencias físicas y biológicas de estos descubrimientos son muy variadas y curiosas.

¿Qué idea podemos tener sobre el modo de penetrar la luz en el mar, modificaciones que experimenta y efectos que produce en los seres marinos?

La contestación a estas preguntas es muy compleja y no satisfactoria del todo, porque nuestra imperfecta naturaleza humana nos imposibilita la experimentación directa. Nuestros ojos no están preparados para la visión submarina, ni pueden facilitarnos más que nociones insuficientes, verdaderamente inexactas, sobre las sensaciones ópticas que pueden y deben recoger las retinas de los animales sumergidos.

Necesario es forjarnos una hipótesis, por experiencias obtenidas por cálculos y aun por el estudio anatómico de los ojos de los peces.

Descomposición de la luz.

La luz no es otra cosa que una ondulación que se propaga a la velocidad de 300.000 kilómetros

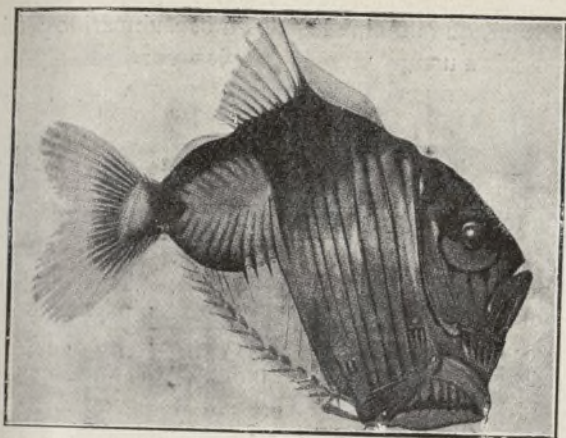
por segundo en el éter, y que, al ponerse en contacto con ciertos elementos nerviosos de la retina, determina una excitación: nuestro cerebro la transforma en una sensación, la aprecia y la analiza, que es lo que llamamos la visión o sensación visual.

Pero la luz solar que percibe nuestro ojo en pleno día, está lejos de ser una vibración simple: es el resultado total de una serie complicada de vibraciones compuestas, síntesis de muchas luces, muy diferentes unas de otras.

Se sabe que es suficiente intercalar un prisma de cristal en el trayecto de un rayo luminoso, para verlo, no solamente desviado, sino descompuesto en una serie de franjas de diversas tonalidades que forman lo que se llama el espectro solar: en esta escala cromática entran los siete colores fundamentales: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violeta.

Por procedimientos muy complicados, maravillas de ingeniosidad, se ha llegado a calcular que el color rojo se produce por 393 trillones de vibraciones por segundo, y el violeta por 756 trillones.

El espectro resultante para nuestro ojo de la descomposición de un rayo de luz solar es incompleto: nuestra vista carece de la amplitud necesaria, y hay vibraciones que, al no poder percibir las, son inexistentes para nuestra visión: el ultra-rojo y



El Sternop diáfano (pez luminoso de las grandes profundidades).

el ultra-violeta sólo pueden ser apreciados por reacciones químicas.

La luz en el mar.

Al penetrar en el mar la luz solar se descompone absolutamente igual que en un prisma: el agua obra como una serie de filtros que detienen, a diversos niveles, cada una de las radiaciones colorantes: son absorbidas, unas muy cerca de la superficie, y otras, más hondas, en el orden de los colores del arco iris, comenzando por el rojo; resulta que la cantidad de luz disminuye a medida que la profundidad aumenta, y que la calidad de esta luz cambia progresivamente en las capas de aguas.

En consecuencia, un pez de superficie, ve la luz como nosotros; otro que vive a diez metros más de profundidad, está privado de ciertas radiaciones; a cien metros, la visión es distinta; y así continúa la escala gradual de defectos, hasta el sitio en que, habiendo sido absorbidas todas las radiaciones, la oscuridad es completa.

¿Es exacta esta hipótesis? Sí, considerando que no queda nada de la luz solar; no, si se cree en la existencia de corrientes luminosas distintas a las del Sol, que esclarecen los abismos submarinos del Océano y que reemplazan la luz solar.

Hay otra razón que disminuye aún más la cantidad de luz, que recibe la fauna submarina; durante un buen espacio de tiempo, que sigue a la salida del Sol y le precede a la puesta, sus rayos, en vez de penetrar en el mar, sólo se ponen en contacto con la superficie: esto disminuye lo jornada solar para los seres sumergidos.

Cuando se desciende con escafandra, único medio que nos permite darnos cuenta directa de la luminosidad submarina en un máximo de fondo de cuarenta metros, se observa que, aun cuando el

agua sea muy pura, la luz disminuye tan pronto, que a diez metros de profundidad ya se nota la disminución, y a treinta metros, sólo se ven los objetos situados en un radio de cinco o seis.

El mimetismo de los peces.

La intensidad de la luz ejerce una acción considerable sobre la ornamentación cromática de la piel de los peces; de un modo muy general, puede afirmarse que el color de los que viven cerca de la superficie en los países fríos es grisáceo, mientras que los que habitan en regiones templadas y cálidas tienen una tonalidad clara.

En las aguas, se dan casos interesantes de mimetismo por analogía de color: así, muchos peces y moluscos de los que habitan en los arrecifes de coral tienen manchas, bandas y rosetones rojos, confundiendo con las plantas entre las que viven. Este mimetismo es útil a los animales desprovistos de órganos defensivos, porque pueden aparecer dotados de esos órganos unas veces, y otras ser confundidos con flores, algas, corales o piedras: bajo ese disfraz escapan más fácilmente a los cazadores de su especie, siempre dispuestos a caer sobre la presa débil.

En los peces de las grandes profundidades pre-



Efecto de luz en el fondo del mar.

dominan los colores negro y rojo: los hay asimismo transparentes, que se confunden con el agua, y otros que tienen una gran facilidad para cambiar de color; situados sobre un fondo arenoso, se confunden con el color de la arena; entre las algas toman un tinte verdoso, y sobre el granito aparecen con manchas grises, blancas y negras, tal como una piedra más.

Científicamente está demostrado que este cambio de color está ligado a las emociones que experimenta el animal; es decir, que en el mimetismo influye la voluntad; la función cromática la utiliza para la defensa y para el ataque, y esto constituye una de las más sorprendentes maravillas de la biología marina.

Los animales luminosos.

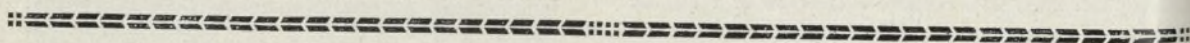
Si a partir de los 400 metros de profundidad, la oscuridad en el mar fuese completa—y está demostrado que sólo hasta allí llegan los efectos de la luz solar—, los peces que habitan a mayores profundidades no debían tener ojos, puesto que no necesitaban utilizarlos; pero como los tienen, y, por cierto, grandes, y con disposiciones muy originales, hay que pensar en otra luz distinta de

la solar, que ilumina los abismos submarinos: tal vez exista una producida por las corrientes; pero en lo que no cabe ya duda es en que hay peces luminosos.

Maravilloso espectáculo el del fondo del mar, iluminado por millares de peces fosforescentes, puntos brillantes que se agitan sin cesar entre otras luces mayores: globos violetas de las Medusas, bombillas rojas y azules de los Pyrosos, zafiros y esmeraldas de los Cefalopodos, reflejos metálicos con las tonalidades del cobre de acero, del rubí y del topacio y el tapiz luminoso del fondo, formado por millones de microbios fotógenos...

Desgraciadamente, no es fácil admirar estas maravillas, aunque sí imaginarlas después de estudiar los órganos luminosos de muchos peces, a quienes ha robado la Ciencia todos sus secretos.

En este misterioso elemento crecen vegetaciones inverosímiles que dan una luz verde o rojiza: hay crustáceos que van dejando en su marcha una estela fosforescente; pescados de forma irregular, de enormes ojos, que lanzan fugaces destellos luminosos, semejantes a chispas producidas por el chocar de aceros, organismos fosforescentes.... espectáculo grandioso, superior a cuantos se contemplan sobre la superficie del planeta.



COSA DE LAS ADUANAS

LOS PANTALONES DEL MARINERO

El almirante inglés Lord Charles Beresfor, en una comida a que asistió en Nueva York, como se hablase de la energía con que proceden en algunos puertos americanos los empleados de las aduanas, contó un chistoso sucedido.

«Esos empleados—dijo—son harto inteligentes y saben resolver con habilidad situaciones difíciles. ¿Qué dirían ustedes si fuesen a Turquía?»

«En los días que precedieron a la caída de Batum en poder de Rusia, un marinero de cierto barco inglés anclado en aquel puerto bajó a tierra y se compró un par de pantalones, y como los que llevaba estaban muy estropeados, se puso los nuevos y dijo al comerciante que tirase los viejos. Después se marchó muy ufano a recorrer las calles.

«Pronto encontró un grupo de empleados de las Aduanas. Le detuvieron, y el que parecía jefe le preguntó:

«—¿Son nuevos esos pantalones?

«—Sí—contestó el marinero—acabo de comprarlos.

«—Entonces—dijo el jefe de los aduaneros—debe usted pagar el derecho de entrada.

«—No tengo dinero—dijo el marinero; y era verdad pues había empleado su pequeño capital en los pantalones.

«—¡Ah!—Exclamó el jefe.—¿No tiene usted dinero? Pues, tanto peor para usted, porque en ese caso tiene que entregarnos los pantalones.

«—¡Pero si no llevo nada debajo!

«—No importa; nosotros no miraremos.

«Todos los empleados corroboraron las palabras de su superior, prometiendo solemnemente no mirar.

«—¡Pero pueden mirar otras personas!—gritó, ya desesperado el marinero.

«Los de la aduana se encogieron de hombros.

«Eso—dijeron—ya no es cuenta nuestra.

«Y quieras o no, el pobre lobo marino tuvo que dejar su compra en manos de aquellos sayones, y salió a todo escape en dirección a su barco, procurando disimular con su velocidad la falta de ropa».

MADRID SE EMBELLECE

:: LA PLAZA DE LA CIBELES ::

He aquí la Cibeles, majestuosa en su carro, tirado por la pareja de leones reumáticos, que alzan la pata, como para que el doctor les pulse, y les recete salicitato...

...Esos pobres leones condenados a la lluvia perpétua del surtidor, sin que un alma caritativa les regale el paraguas o la gabardina que tanta falta les está haciendo....

...Condenados a vivir en la diminuta isleta rocosa, mirándose como en un espejo en el agua del estanque y por si fuera poco martirio, aún una verja de hierro, cinturón que les recuerda su esclavitud.

Pero los leones disfrutan una de las mas bellas vistas de Madrid: ante ellos se extiende la calle de Alcalá, que sube en cuesta hacia la Puerta del Sol; a derecha e izquierda los paseos de Recoletos y salón del Prado que al anochecer, cuando los mangueros han charolado el asfalto con el riego, y la cruzan los autos de yantas de goma, parecen canales de Venecia, cruzados por gondolas...

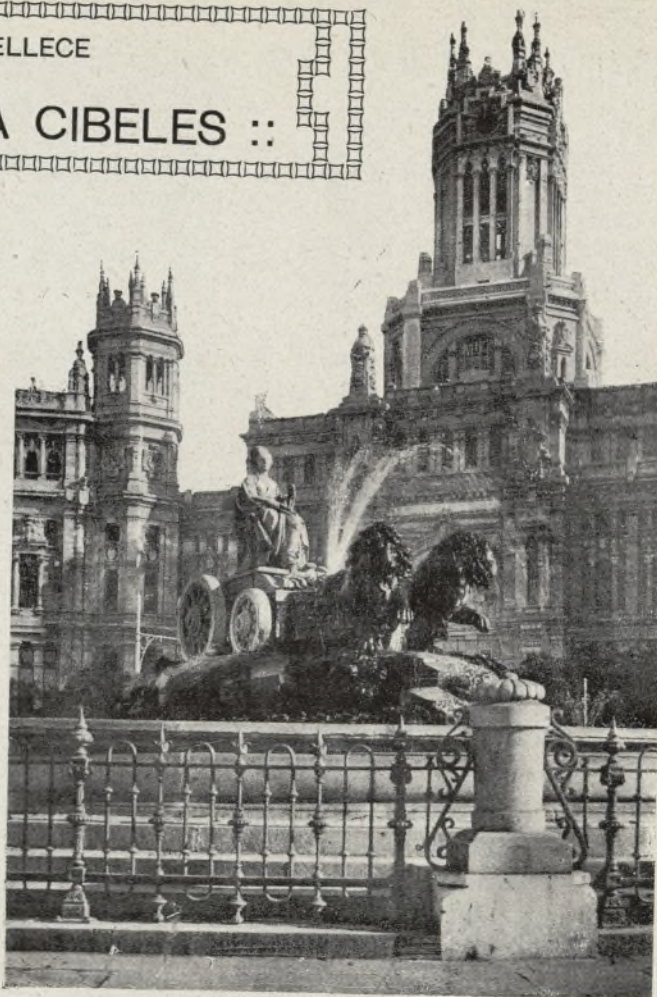
En la plaza de la Cibeles, de un radio enorme, cortada en cruz por las dos mayores vías madrileñas, se siente la verdadera soledad de la ciudad y se comprende porque llora la Cibeles, y están reumáticos los leones de piedra...

Dan guardia de honor a la plaza, tres edificios:

El Palacio de Comunicaciones, tan grande, tan magnifico, tan colosal en sus salones, en sus escaleras, en sus patios, en sus galerías y en sus torres, que justifica todo el retraso que pueda existir en la correspondencia, todos los extravíos que puedan sufrir las cartas. Es un palacio de Comunicaciones, concebido en la época de la franquicia postal, cuando entraban las cartas por toneladas y todo el espacio parecía poco: pero que ahora que hay que *sudar* el sello, resulta grande y cuando se elevan las tarifas, resultará inmenso.

El Banco de España, está frontero: es una buena vecindad: dicen que en uno de sus sótanos hay barras de oro, arrobos de moneditas en sacos de lona, arcas repletas de fajos de billetes.

Durante la mañana, entran y salen por sus puertas, muchos señores con cigarros ensortijados, que de vez en cuando se dan golpes de pecho. No es que rezan, no; es que se palpan las repletas carteras que llevan en el bolsillo del corazón...



Entran y salen también, uniformados ordenanzas de Casas de Banca, con saquitos al hombro, o con cartapacios de cuero; son hombres serios que no bromean, y van muy rectos por el camino más corto, deseando descargar el peso de la responsabilidad en manos del cajero.

También entran y salen, viejecitos que van a cobrar su renta y viejecitas con capotitas y mantelitas que en los días del cupón, toman luego en un café inmediato el chocolate con ensaimada.

El tercer gran edificio, es el Palacio de Buenavista, oculto tras un bosque y rodeado de una verja de hierro, que disimula su gesto guerrero con un manto de flores.

La Cibeles conoce todo esto de memoria; está allí en su carro, desde los días ya remotos en que la plaza era un erial; en pocos años, ha visto embellecer sus paseos laterales, surgir frente a ella la Gran Vía, con grandiosos edificios, y sabe que insensiblemente, se va convirtiendo en eje de Madrid; hace treinta años estaba en las afueras.

RAFAEL GIBERT

ARDIDES DE GUERRA UTILIZADOS EN LA PAZ

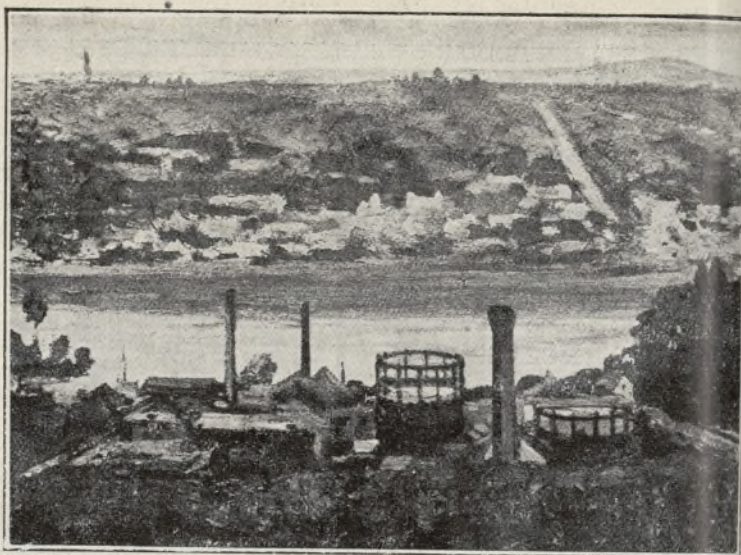
Los terribles efectos de las armas actuales, aguraron la invectiva de los combatientes que hicieron prodigios en ardidés, para simular los puestos de observación, los emplazamientos de ambulancias y baterías, y aún las tropas en marcha.

Los pintores escenógrafos, armados de lienzos y brochas, prestaron grandes servicios en la campaña, llegando incluso a transformar la fotografía del país.

Llegóse una vez a producir por las tropas francesas un suceso fantástico: «El bosque que anda».

Parece el título de un cuento; pero fué una realidad, que la describe de este modo un oficial francés:

«La Artillería desfilaba a lo lejos, pareciendo que se batía en retirada. No se veía un solo soldado francés. En la llanura que se extendía al pié de las fuentes del río, solamente se veían los árboles de un pinar. Tal vez los pinos hubiesen parecido a los habitantes de aquellos lugares poco más numerosos que de costumbre; pero la sombra puede producir efectos de desdoblamiento. Tal vez los pinos parecía que avanzaban muy ligeramente; pero sabido es que el reflejo de la luna produce a veces efectos de óptica; sobre todo, cuando, como les pasaba a los centinelas alemanes, se ha combatido



En la margen del Sena, chimeneas y gasómetros afean y rompen la armonía del paisaje...

todo el día y, apoyados sobre su fusil, hay que incrustarse las uñas en la palma de la mano para no caer rendido por el sueño...

Durante toda la primera parte de la noche el fenómeno prosiguió lentamente: era como un avance imperceptible de un montón de árboles. Los soldados alemanes, de guardia aquella noche, estaban vigilantes, sin duda alguna. Pero hay muchas clases de ardidés en la guerra, entre ellos, disfrazarse de árbol.

Sucedió que a las dos de la madrugada los pinos estaban más lejos que el pueblecito de Herveville. Y, de repente, gritos infernales se escapaban de todos los árboles, y los pinos se pusieron a subir por la colina, ahogaron a los centinelas alemanes, asaltaron sobre sus fosos, mataron a los artilleros que estaban al lado de sus piezas y se atrincherraron a su vez, mientras que el grueso de las fuerzas francesas, que se habían creído alejadas definitivamente, volvieron a toda prisa.»

Sirviéndose de un bosque de pinos simulados con lienzos como pantalla avanzaron las fuerzas.

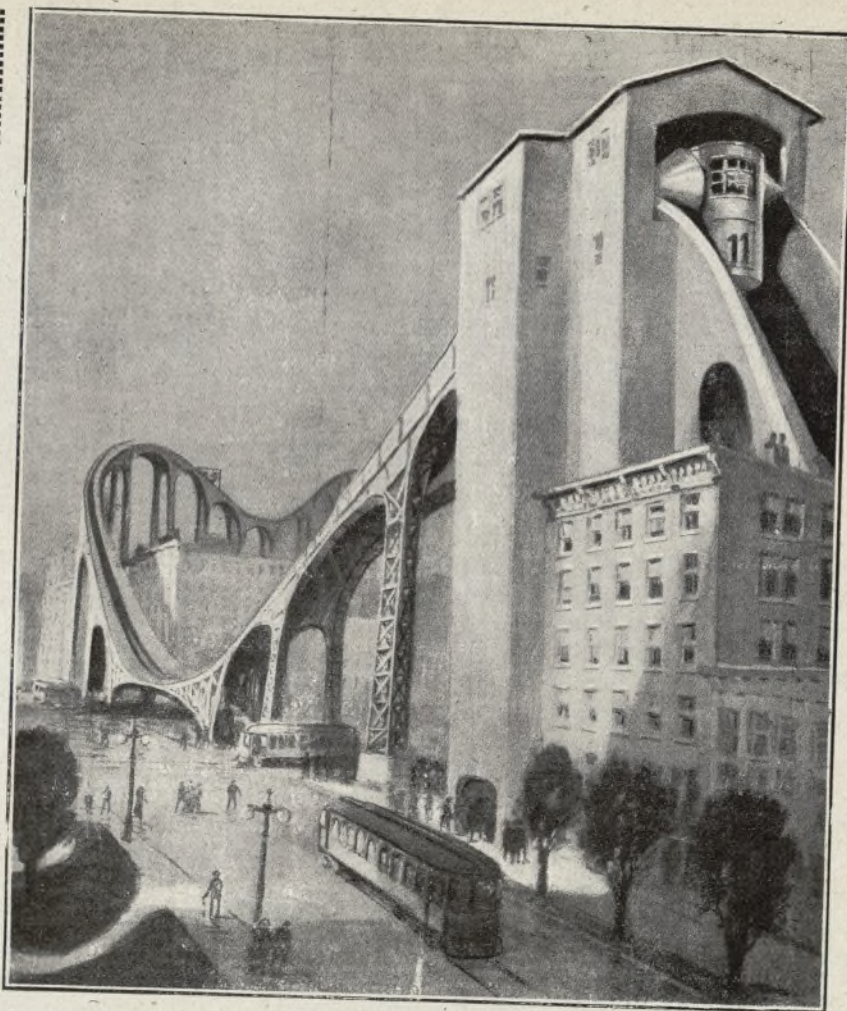
Los grabados dan idea de cómo puede transformarse un lugar feo en un rincón delicioso, un bosque de guardarropía, entre chimeneas, gasómetros y almacenes de residuos, que tanto abundan en las afueras de las poblaciones: y el viajero que cruza en el tren recibe la impresión agradable del panorama artístico.



Una hábil aplicación de los disfraces que se emplearon en la guerra la de una belleza campestre grata a los ojos...

UNA IDEA ORIGINAL

Representa este grabado un ferrocarril metro-politano fundado en los principios de la montaña rusa y que por consiguiente según sus inventores no necesitan de motores de ningún género para poner en movimiento los vehículos. La idea es americana. Los vagones que por el dispositivo de sus ejes sobre dos conos, siempre estarán verticales, pasarán de una estación a otra recorriendo rampas sucesivas, contruñidos de tal manera, que basta para subir una, el remanente de velocidad que resulta del descenso de la anterior en la cual el vagón marcha abandonado a la acción de la gravedad. Solo en las estaciones límites para subir los últimos pendientes, habrá necesidad de arrastrar el coche mediante cables accionados por un motor situado en la estación.



HIMNO DEL MARINO

Por el Capellán de la Armada
DON ESTANISLAO CARCAVILLA

CORO

Si la Patria me exige que muera,
Dar por ella la vida es triunfar,
Que no hay dicha más noble y gloriosa
Que en sus aras poderse inmolar.

LETRILLA 1.^a

Cuando veo en el pico del palo
Por los soplos del mar azotada
De mi Patria la insignia sagrada
Entre nimbos de espuma lucir;
Me parece mirar en sus pliegues
Del Carmelo la madre querida
Que teniendo su mano extendida
Pone freno al mortal proyectil.

LETRILLA 2.^a

Si las olas hinchando sus senos
Hasta el cielo sus crestas levantan,
Y mis fuerzas sus bríos quebrantan
Con los vientos del recio bregar,
La bandera me infunde coraje,
Me acaricia con besos y risas
Y huracanes volviéndome en brisas
De bravura me siento inundar.

LETRILLA 3.^a

De la Patria el escudo es la estrella
Que en la lid sus fulgores envía
Y entre el polvo y el humo me guía
Cuando estalla la bomba a mis pies.
¡Patria mía!, tu amor en mi pecho
En la lucha me grita ¡Victoria!
Si sucumbo, repite ¡De gloria!
Va tu frente ceñida al caer.

LOS CARROS DE ASALTO

La tan discutida batalla del Marne trajo como corolario de la supremacía técnica germánica y de la necesidad de sostener dos grandes frentes: al pelear en estacionamiento prolongado en la zona occidental, en lucha perenne de posiciones atrincheradas, estacionamiento que dió al traste por largo lapso de tiempo con los considerados como inmutables axiomas y postulados de la estratégica ciencia. Los alemanes se agarraron férreamente el terreno y no había medio de hacerlos retroceder; lo más que se lograba con enormes presiones, duramente costosas en sangre, era modificar las sinuosidades de la extensa línea que apoyaba los flancos en el mar y en los Vosgos.

Los ingleses buscaron medios de romper aquella impenetrable línea, férreo yunque, que recibía sin quebrantarse la recios y continuados golpes. Con el más impenetrable secreto estudiaron una nueva máquina de guerra, organizando unidades, cuya formación permaneció en el más insondable misterio. Estas unidades recibieron el nombre de «Sección de ametralladoras acorazadas», instruyéndose activamente al personal en el tiro. Cuando esta instrucción adquirió intenso desarrollo, el coronel jefe del nuevo servicio, con ocasión de una parada, encomió el alto espíritu de tan experto personal y pidió a los jefes de unidad; en el campamento de Aldershot que le acompañasen y les entregó un automóvil severamente guardado en una oculta guarida eficazmente vigilada.

El tal carruaje era, en efecto, sorprendente. Era, al parecer, una masa informe de metal, de unas 40 toneladas, acorazada en todas sus partes, con pequeñas mirillas para la observa-

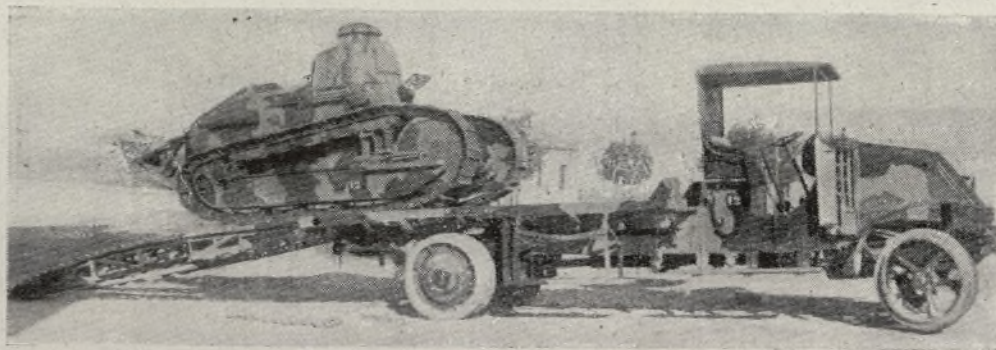


ción, situadas a cortos intervalos. No se vislumbraba motor alguno y sí, únicamente, dos pequeñas ruedas motoras adosadas, a manera de cola, a su parte posterior. Cuando empezó a moverse el pesado raro artefacto, pareció por su informe aspecto y por sus extraños ruidos, un monstruo antidiluviano o una gigantesca oruga que se arrastraba penosa, pero firmemente sobre el terreno. Las ruedas traseras actuaban sólo como timón para dirigir su curso y la fuerza propulsora la proporcionaban otras ruedas invisibles, de forma elíptica, según luego se supo, que arrastraban tras de sí al enorme artefacto.

Pèqueña en extremo era la velocidad de movimiento de la disforme tortuga que salvaba con deliberada resolución zanjas y parapetos, rasgaba alambradas, atravesaba sotos y empalizadas, derribaba árboles y asolaba cuanto se oponía a su avance.

Pronto, muy pronto se adiestró el personal en el manejo del monstruo, que fué bautizado con el gráfico nombre de *Gran Guillermito*.

La historia se renueva, y los hombres apo-





yándose en sus sabias enseñanzas las adaptan a los elementos de cada época. En la guerra, como en la paz, la vida es una continuada renovación. El famoso caballo de Troya, aquel ardid ingenioso, reapareció prepotente con esta misteriosa máquina que en épocas lejanas tuvieron otra adaptación con las torres móviles montadas sobre ruedas para acercarse a las murallas de las plazas asediadas.

Los romanos emplearon también medios análogos de aproximación: con la protección de los escudos individuales entrelazados efectuaban otros los trabajos de zapa. Este procedimiento se conocía con el sobre nombre de *Testudo*.

También usaron jaulas sobre ruedas, llamadas *Vines* y *Muscúculus*, y más tarde las *Turris móbilis* con complicada armazón de madera, reforzada de hierro, cuero de pelo y cobertores de tela que eran humedecidos o impregnados con alumbre, como medio de protegerlos contra el fuego. Eran torres de varios pisos; en el inferior iba montado el ariete y en los superiores grandes catapultas, hondas y puentes móviles por el abordaje.

Los godos usaron de análogos artefactos para demoler, en el siglo VI, las murallas de Roma, pero la tentativa fracasó; obteniendo en cambio cinco siglos después, un éxito rotundo al utilizarlos los cruzados en el asedio a Jerusalén.

Usó estas máquinas Guillermo el «Conquistador» y a partir del siglo XII cayeron en desuso, por efecto de los adelantos adquiridos por el arte de la fortificación y su olvido fué absoluto al emplearse la artillería para abrir brecha en las murallas. Una de tantas paradojas de la guerra: el nacimiento de la artillería desterró los carros de asalto, el perfeccionamiento for-

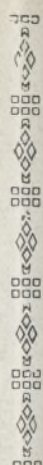
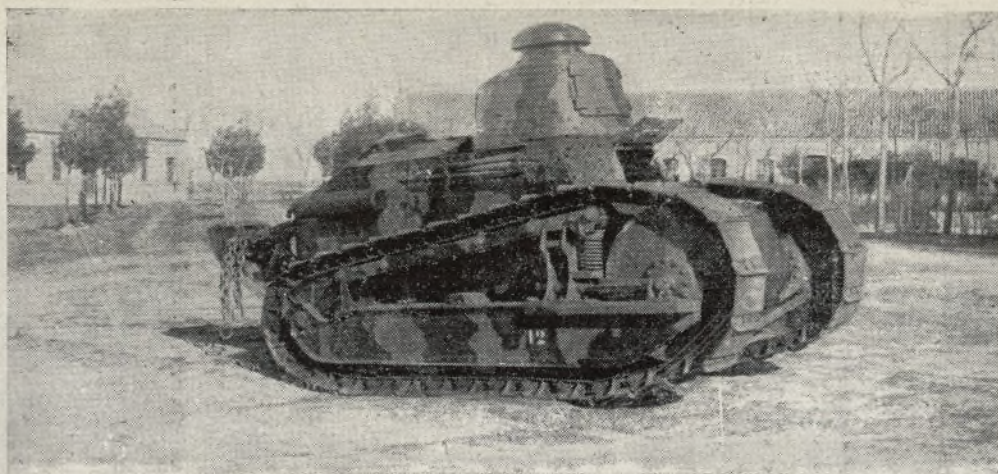
midable de las bocas de fuego hizo resurgir su impulso. Las vetustas *Turris móbilis* vuelven a la palestra cuando las fuerzas hostiles en contacto han luchado a más corta e increíble distancia.

En la guerra de posiciones como en la de movimiento, el secreto del éxito estriba en el ataque de la infantería.

En Flandes se ensayó al finalizar el otoño de 1914 un avance bajo escudos montados sobre ruedas, y como no protegía ni el frente de avance, ni los flancos, la idea fué abandonada.

Los franceses usaron una ametralladora sobre ruedas, con protección zenital y frontal y esto sugirió a los ingleses la idea del vehículo automóvil acorazado capaz de destruir las alambradas enemigas, idea que unida a la del tractor sistema oruga, determinó la proposición del coronel Swinton; pero no dió los





prácticos resultados que se esperaban.

Mr. Churchill, primer lord del Almirantazgo británico, dió algunas orientaciones, coordinándose los esfuerzos de varios centros y de un comité especial que se nombró.

Un año tardó el comité en vencer todo género de dificultades. En Febrero de 1916 se llegó a un resultado satisfactorio y el Ministerio de Municiones tomó a su cargo la construcción de 100 de estas máquinas.

Tras sucesivas mejoras se llegó en Julio de dicho año a dos modelos: uno el macho, con 2 cañones Hotchkiss, y ametralladoras, y otro, la hembra, sólo con ametralladoras.

El nombre de tanques procede de que en el legítimo afán de guardar un absoluto secreto sobre estos nuevos artefactos, se les puso durante los ensayos la inscripción de «Agua para beber», y ya en este plan se les adicionó la siguiente etiqueta «Para Mesopotamia, vía Petrogrado.»

Desembarcadas en Francia las primeras máquinas, fueron lentamente a su destino caminando sólo de noche.

Se instruyó personal en el manejo, práctica del fuego y reparación de los «tanques», improvisando talleres móviles.

En la continuación de la gran batalla del Somme, el 15 de Septiembre, para expulsar a los alemanes del Este y del Sur de Thiepval; en aquella mañana de intensa niebla avanza-

ron los monstruos--medio centenar--, derribando obstáculos y sembrando muerte y terror. La infantería británica bordeaba sus flancos para lanzarse al asalto.

Una vez que quedó acreditada su capacidad combatiente pasaron a constituir un arma nueva en el ejército inglés, que bien pronto los empleó en Egipto y en la acción contra Gaza.

Francia también las adoptó y Alemania, percatándose en seguida de su conveniencia, construyó asimismo modelos pesados y ligeros de estas máquinas de guerra.

Los carros franceses «Renault» tienen un caparazón alargado de acero, coronado por una cúpula con proa, de forma que recuerda al *capot* de los coches de la misma casa constructora, apéndice posterior de apoyo, a manera de cola y las dos anchas cadenas que offician de llanta del mecanismo de locomoción.

Estos «carros de asalto», grandes y pequeños, respectivamente, para artillería e infantería, van a intervenir en las operaciones que se realizan en nuestra zona de influencia del Norte de Marruecos.

Que su actuación signifique para nuestras armas un triunfo, para nuestros soldados un nuevo rasgo de bizarra bravura y para nuestros oficiales una prueba más de su pericia, de su ciencia, de su aplicación y de su fe en el éxito.

CAPITÁN FONTIBRE





DE LA ANTIGUA ROMA

LA MUERTE DE DOMICIANO

(Narración de D. Andrés Mellado)



Domiciano duerme agitado por horribles visiones. En balde quitó la vida a los astrólogos caldeos que descifraronle el horóscopo de una muerte próxima y desastrada. El cielo le anunciaba con augurios fatídicos el día de la ira tremenda. El rayo había caído sobre el Capitolio, sobre el templo de Flavia y sobre su propio palacio. La inscripción de su estatua triunfal fué arrancada por huracán tempestuoso y arrojada en una tumba próxima. El laurel plantado por su padre había caído por tierra con estrépito. Tras muchos días de insomnio, rindió el cansancio al señor del mundo. Echóse vestido en el espléndido lecho; sus párpados ardientes; cayeron como planchas de plomo sobre los despa- voridos ojos y embargó su cuerpo un letargo doliente. Pero ni aun en el reposo concedido a todos los mortales, tuvo paz su espíritu. Oía gritos, quejas desesperadas, lamentos que le helaban la sangre, semejantes a los ladridos del Cerbero; y del lado de allá de los ríos de la muerte, veía venir hacia él a Tiberio, a Calígula, a Claudio, a Nerón y a los tres generales que con trágico fin pagaron breves días de imperio. Todos, llevando abiertas las mortales heridas o mostrando las huellas del fiero asesinato, le tendían los brazos llamándolo con irresistible conjuro a unírseles en una bacanal furiosa, de dolor y de muerte. Pululaban en giro vertiginoso en torno suyo, cabezas y brazos, y troncos despedazados de las víctimas sacrificadas a sus venganzas y a sus miedos delirantes. Una neblina roja subía de un inmenso lago, cuya espuma tocaba sus pies y en cuyo fondo se habían aglomerado torrentes de sangre vertida por los verdugos y diluvios de lágrimas arrancadas a las viudas y a los huérfanos.

Quería cerrar los ojos, y allá en el fondo de su alma se reflejaba, como en espejo indestructible, el cuadro espantoso de tantos crímenes y tantas congojas. Y un cántico cruel, feroz, implacable, surgía del seno de la tierra y estallaba en los aires, y sin tocar siquiera en sus oídos, vibraba con recio golpeo en su corazón: «—Oye, oye—gritaban las voces estridentes y desgarradoras;—oye este mi canto: el himno de las Furias que a mí te encadena.»

«...No podrán salvarte los dioses de perecer miserablemente abandonado, sin saber jamás qué es alegría: consumido, exangüe, sombra viviente hecho pasto de las harpías.»

«...¡Oh noche, oh madre! Madre que me pariste

para castigo de vivos y de muertos, escúchame.»

«...¡Caiga sobre esta víctima que me está consagrada este mi canto; canto de delirio, de locura, de furor; himno de las Erynnas que encadena las almas; que no se acompaña jamás de los dulces conciertos de la lira; himno que seca y consume a los mortales!»

«...De un salto caigo sobre el criminal y le atajo por lejos que esté; mis pies chocan pesadamente contra sus piernas cansadas de tan larga huída; flaquea él y sucumbe sin remedio. No hay debajo del cielo gloria de mortal tan altiva que yo no derribe miserablemente en tierra al acercarme a él con impetuoso salto, envuelta en mis negras vestiduras y que no desaparezca pisoteada por mis pies enemigos.»

«...Loco y ciego por su culpa cae el malvado y no sabe que eae. ¡Tal niebla tiende sobre él su crimen! Su morada queda envuelta en tinieblas obscurísimas que la fama pregonará con lastimeras voces.»

«...¡Caiga sobre tí que me estás consagrado este mi canto; canto de delirio, de locura, de furor; himno de las Erynnas que encadena las almas; que no se acompaña jamás de los dulces conciertos de la lira; himno que seca y consume a los mortales!»

Un sudor frío empapaba la cabeza y el pecho del Emperador: volviéndose anhelante a la diosa protectora, en cuyo culto y adoración llegaba hasta la demencia; pero Minerua, altiva, majestuosa, abandonaba su sagrario arrebatada por caballos negros que tiraban de su carro; decíale que Júpiter la había desarmado en su defensa, y carro y diosa caían precipitados en tenebrosa sima. Sintió que en pos de ellos su cuerpo rodaba en el vacío, y una sacudida nerviosa le hizo despertar.

Saltó del lecho; se palpó para persuadirse de que era dueño de sí mismo, y una alegría frenética invadió todo su ser.

—Todavía soy Domiciano—exclamó,—Emperador veintidós veces, Germánico, Dácico, Sarmático, siempre invicto, cien veces dios. ¡Que me hiera quien pueda de la tierra o del cielo! ¿Quién se atreverá contra mí?

(Se pasea airado por el recinto inmediato, cuyas paredes están hechas de piedra especular que refleja todos los objetos, de modo que le permiten ver todo lo que pasa a su espalda.)

Domiciano.—¡Ah! el himno de las Furias. ¡Cómo

me suena aún en las orejas su odioso ritmo! Parece que zumban esas maldiciones dentro de mi cabeza. ¡Oh dioses, dioses inmortales, apiadáos de mí! ¡Soy muy desdichado! ¡Soy el más desgraciado de los hombres! ¿Qué más queréis de mí, númenes infernales?

(Mira con espanto a su alrededor: se arrebuja en su toga pretexto y se deja caer en un rincón, temblando como con frío de la cuartana. Lloro.)

¡Madre, madre mía! ¡Qué feliz era yo cuando me mecías entre tus brazos con infinito cariño! Burdo era mi ropaje, humilde la casa, pobre la mesa; y hoy esta púrpura me quema como la túnica de Deyanira. ¿Quién me diera uno de tus besos que apagara en mi frente este volcán de horrores, pronto siempre a hacer estallar mi pobre cerebro? ¡Qué dicha suprema irradiaba en tus dulces ojos, cuando a costa de adorables sacrificios satisfacías mis inocentes caprichos de niño mimado! Hoy nada podrías darme: en tu Domiciano ha muerto el deseo, la esperanza, el amor. ¡Oh madre! ¡Por los dioses, apártate! No te dejaría que me besaras: en tus labios tan puros se infiltraría el veneno del sumo imperio. Tú también querías herir; tendrías que matar; llegarías a estremecerte de júbilo al ver desgarradas las carnes y palpitantes las entrañas de los viles traidores. ¡Ah, no mires!; soy un leproso, y el mortal virus corrompería tu sangre.

(Levántase y vuelve a pasear con precipitación.)

¡Si pudiera dejar el imperio! ¡Si en lugar remoto y solitario, desconocido de todos, lograra ver deslizarse días serenos en paz obscura entre corazones

amorosos! ¡Qué inmensa felicidad el no odiar a nadie, no temer a nadie, no ser nadie!

¡Huir...! Pero, insensato, ¿cómo vas a huir de ti mismo? Si el imperio no está fuera, sino dentro de mí. Roma, el universo, aquí están encerrados dentro de mi pecho, y endondequiera que vaya, aunque me hunda en las entrañas de la tierra, aquí

bulle y arde y me devora, como el buitre que roe eternamente el hígado de los muertos.

No mandar es ser mandado; ¿y quién, quién puede mandar a Domiciano? ¿Quién intenta reemplazarlo? La sola sospecha haría rodar por el suelo su maldita cabeza. ¡Qué feliz fué Priamo, que vió, al cabar su vida, cómo ardía su ciudad y perecía su patria!

¡Húndase Roma en el abismo de tinieblas, antes que yo, el amo, el dios, sufra el ultraje de sus perjurios y de sus abyectos rencores! Aun lo soy todo: me odian, pero me temen. Luchemos, y para César luchar es vencer. ¡Tiberio Druso, gran maestro de príncipes, tenías razón en tu asco a los

hombres! Yo repito y repetiré contigo tus divinas palabras: «Después de mí el incendio universal.»

...Mas no perdamos el tiempo. Los lictores y los verdugos tienen hambre, y los manjares de hoy son succulentos y muy necesarios para la salud de Roma. ¡Ah, mi hermosa Domicia, rival de Citeres, diosa de la hermosura y del amor, fragante flor de adulterio, fidelísima esposa... del hacha y del veneno, ¡qué fulgores vas a difundir sobre las esferas cuando te coloque entre los astros del cielo! Y tú, Norbano, imbécil prefecto del Pretorio, ¿crees que en la gloria militar vas a emular a tu señor? Senado-



res, caballeros, plebeyos, inmundas serpientes que silbáis manchando con baba repugnante el escabel de mi imperio, he de aplastar con mi planta de hierro vuestras cabezas abominables.

—¡Hola, Parthenio!—(dando voces). Entra y toma las tablillas de hoy. Que todo se ignore hasta después de ejecutado.

(Busca las tablillas en el escondite en que las colocó la víspera, y queda yerto y espantado al no hallarlas.)

Se adelanta Parthenio haciendo profundas reverencias, y le dice:

—Señor, desgracias pavorosas nos amenazan; la conjuración más infame acecha a tu puerta: Estéfano, el liberto que conoce todos los secretos de nuestra señora, pugna por verte, diciendo que ha descubierto una horrible trama contra tu vida. Ahí a la entrada se revuelve desesperado clamando por ser oído de ti, y diceme que no hay un instante que perder. Pero niégase a confiarme una sola palabra. Díjome que tan hondo era el mal y el peligro tan apremiante, que sólo a ti lo denunciaría todo y sin testigos. Teme por su vida.

Domiciano.—Siempre me fué leal ese liberto, que me lo debe todo; pero que ni él ni nadie llegue solo hasta mí. Me quedáis muy pocos en quien pueda poner mi confianza.

Parthenio.—De Estéfano no hay que recelar. Aunque quisiera, él, que te adora, ofenderte, no podría hacer ni un movimiento. Rodó ayer por la escalinata del Capitolio, y tiene rotos los brazos. Le había rendido la fiebre, y medio muerto se levantó del lecho porque le espanta bajar a la tumba sin revelarte cuanto sabe.

Domiciano da orden de que dejen pasar a Estéfano; éste se adelanta con los brazos envueltos en ligaduras de lana y el derecho suspenso de una ancha tela que le cuelga del cuello. Finge dolores muy agudos; póstrase ante César, y, después de algunos gemidos, lo ayuda a levantarse Parthenio.

Estéfano.—Señor y dios mío; el crimen preparado es horrendo: sólo tus oídos pueden escucharlo; sólo tus ojos ver las pruebas de la iniquidad.

Persuádese Domiciano de que Estéfano se halla inválido y hace señas a Parthenio para que salga. Lleva al delator hacia su cuarto de dormir: Estéfano, con mucho trabajo e hincado de rodillas, saca un pergamino del pecho; al leerlo el Emperador, el liberto rompe las vendas de sus brazos sanos y vigorosos, saca un puñal escondido entre los pliegues del derecho y hiere en el bajo vientre a Domiciano.

Este grita:—Esclavo vil, ahora verás quién soy

yo.—¡Sigerio, mi espada! ¡Parthenio, guardias, que matan a vuestro señor!

Se lanza como una fiera sobre el asesino; sujétale el cuchillo cortándose los dedos. El esclavo que cuida del dormitorio, no encuentra de la espada más que la empuñadura: la hoja había desaparecido.

Ruedan por el suelo en feroz lucha el antiguo esclavo y el omnipotente señor: Domiciano, dando rugidos de cólera, arranca los ojos al asesino.

De repente ábrese con estrépito la puerta, y entran varios gladiadores capitaneados por Máximo Claudio y Saturio, decurión de los guardias del Emperador.

Parthenio.—(Dando una gran voz).—Ahora o nunca.

Caen sobre Domiciano y lo acribillan de heridas.

El cadáver es arrastrado luego hasta el atrio del palacio, y todos se apartan de él con miedo.

Domicia, aparentando profundo terror de que llegara hasta ella la furia de los conjurados, huye a su antigua casa de los Corbulones con decoroso alarde de pena y desconsuelo, y envía al Senado y al Pretorio mensajeros para pedir en su nombre justicia y castigo inexorable contra los asesinos del augusto esposo.

Espantoso tumulto tronaba en los ámbitos del Palatino: desencadenados los más feroces instintos, entregábanse esclavos y soldados a las más torpes saturnales de la codicia y de la venganza. El saqueo, la embriaguez, las parodias más grotescas del supremo mando divertían con estrépito y carcajadas aquel rebaño de gente infame que durante unas horas tomaba el desquite de su ignominia envileciéndose más. Los jefes habían huído todos, y los conjurados y matadores, llenos de espanto por su propio crimen, temblaban en los escondrijos adonde escaparon. Los perros, atados en el pórtico, lanzaban lastimero y lúgubre aullido.

Delante de la soberbia columnata corintia y sobre los maravillosos mosaicos del atrio yacía al ponerse el sol una masa sangrienta de carne humana; las heridas y los golpes habían destrozado el mísero cuerpo, arrebatándole la imponente majestad de la muerte; de aquel semblante que fué tan hermoso e inspiró tantos amores primero y tanto terror después, ahora acuchillado y deshecho, sólo quedaban intactos los ojos, abiertos, dilatados, vidriosos, terriblemente fijos en el cielo, como si fulminaran para siempre una última maldición contra los hombres y los dioses.

Las moscas zumbaban en torno de su imperial enemigo y se posaban triunfalmente sobre los tibios y sangrientos despojos del dios Flavio Domiciano.

LOS TRES MOTIVOS DEL OIDOR

Por Ricardo PALMA.



El 27 de Octubre de 1544 estaban los vecinos de Lima que no les llegaba la camisa al cuerpo. Y con razón, eso sí.

Al levantarse de la cama y abrir puertas para dar libre paso a la gracia de Dios, se hallaron con la tremenda noticia de que Francisco de Carbajal, sin ser de nadie sentido, se había colado en la ciudad con 50 de los suyos, puesto en prisión a varios sujetos principales tildados de amigos del Virrey Blasco Núñez, y ahorcado, no como quiera, a un par de pobres diablos, sino a Pedro del Barco y Machín de Florencia, hombres de fuste, y tanto que fueron del número de los primeros conquistadores, es decir, de los que capturaron a Atahualpa en la plaza de Cajamarca.

Carbajal previno caritativamente a los vecinos de Lima que estaba resuelto a seguir ahorcando prójimos y saquear la ciudad, si ésta no aceptaba por Gobernador del Perú a Gonzalo Pizarro, quien, con el grueso de su ejército, se encontraba esperando la respuesta a dos leguas del camino.

Componían a la sazón la Real Audiencia los licenciados Cepeda, Tejada y Zárate, pues el licenciado Álvarez había huído el bulto y declarádose en favor del Virrey.

Asustados los oidores con la amenaza de Carbajal, convocaron a los notables en cabildo. Discutióse el punto muy a la ligera, pues no había tiempo que perder en largos discursos ni en flores de

retórica, y extendiéndose acta reconociendo a Gonzalo por Gobernador.

Cuando le llegó turno de firmar al oidor Zárate, que, según el Palentino, era un viejo chocho, empezó por dibujar una cruz, y, bajo de ella, antes de estampar su garabato, escribió: *Juro a Dios y a esta + y a las palabras de los santos Evangelios que firmo por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*

Vivía el oidor Zárate en compañía de una hija, D.^a Teresa, moza de veinte mayos muy lozanos, linda desde el zapato a la peineta y que traía en las venas todo el ardor de su sangre andaluza; causa más que suficiente para barruntar que el estado de doncellez se la iba haciendo muy cuesta arriba. Añada usted que la chica no leía otros libros que *Vidas de Santos*, que tengo para mí que son la más pecaminosa de las lecturas. Vidas hay escritas con tal desenfado en la frase y lubricidad en las imágenes, que más que a la literatura mística, pertenecen a la literatura de burdel.

La muchacha, cosa natural en las rapazas, tenía su quebradero de cabeza con Blasco de Soto, alférez de los tercios de Carbajal, quien la pidió al padre y vió rechazada la demanda; que su merced quería para marido de su hija hombre de caudal saneado. No se descorazonó el galán con la negativa, y puso su cuita en conocimiento de Carbajal, —¡Cómo se entiende!—gritó furioso D. Francis-

co.—¡Un oidor de mojiganga desairar a mi alférez, que es un chico como unas perlas! Conmigo se las habrá el abuelo. Vamos, galopín, no te atortoles, que, o no soy Francisco de Carbajal, o mañana te casas. Yo apadrino tu boda y basta. Duéleme que estés de veras enamorado; porque has de saber, muchacho, que el amor es el vino que más presto se avinagra; pero eso no es cuenta mía, sino tuya, y tu alma tu palma. Lo que yo tengo que hacer es casarte, y te casaré como hay viñas en Jerez, y entre tú y la Teresa multiplicaréis hasta que se gaste la pizarra.

Y el maestre de campo enderezó a casa del oidor, y, sin andarse con dibujos de escolar, pidió, para su ahijado, la mano de la niña. El pobre Zárate se vió comido de gusanos, balbuceó mil excusas y terminó dándose a partido. Pero cuando el notario le exigió que escribiese el consentimiento, lanzó el buen viejo un suspiro, cogió la pluma de ganso y escribió: *Conste por esta señal de + que constento por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*

Así llegó a hacerse proverbial en Lima esta frase *los tres motivos del oidor*; frase que hemos recogido de boca de muchos viejos, y que vale tanto como aquella de las 99 razones que alegaba el artillero para no haber hecho una salva: razón primera, no tener pólvora; guárdese en el pecho las 98 restantes.

A poco del matrimonio de la hija, cayó Zárate gravemente enfermo de disentería, y en la noche que recibió la Extremaunción llegó a visitarlo Carbajal y le dijo:

—Vuesamerced se muere porque quiere. Déjese de galenos y bébase en tisana una pulgarada de polvos de cuerno de unicornio, que son tan eficaces para su mal como huesecito de Santo.

—No, mi señor don Francisco—contestó el enfermo—; me muero, no por mi voluntad, sino por tres motivos...

—No los diga, que los sé—interrumpió Carbajal—, y salió riéndose del aposento del moribundo.

INSTITUCIONES MARROQUÍES

LA ESCUELA

Al amparo de las mezquitas, a la sombra misma de sus paredones, están establecidas las escuelas morunas. Las humildes casitas donde la infancia aprende a deletrear el libro santo, parece rendir constante pleitesía y acatamiento a la majestad severa y silenciosa del templo.

El maestro, ungido por su prestigio de Fakih, dirige la enseñanza con reposada gravedad; está sentado en un trozo de estera, que el tiempo y el uso desgastó, y mientras recita, de memoria, versículos, que los alumnos repiten con entonaciones de plegaria, remienda sus babuchas o confecciona un haïque.

La cansada monotonía de la clase se trueca en alocada algarabía cuando el colegio recibe un nuevo alumno. Al presentarse en la puerta, siempre abierta, el padre con el niño entre los brazos y rodeado de amigos y parientes, como es tradicional entre los árabes, un júbilo bullicioso se apodera de la estudiantil chiquillería y hasta el mismo maestro, para dar la bienvenida a los que llegan en busca de su ciencia, desarruga su rostro inalterable.

Aquel día es fiesta en el *medarsa* en honor del nuevo condiscípulo y la ruidosa alegría tiene por fundamento los dulces y las frutas con que el padre obsequia a los nuevos compañeros de

su hijo. El profesor cose tranquilamente o repasa, con devoción, las noventa y nueve cuentas de su rosario, mientras los párvulos alborotan.

Cuando el escolar tiene edad de ayudar a los suyos trabajando o de emprender algún oficio, lo saca el padre de la escuela, pues sólo las familias muy bien acomodadas o de limpia tradición religiosa, los dejan continuar en sus estudios para haacerlos letrados y doctores.

Por lo general, el musulmán se siente orgulloso y considera cumplido su deber, si el hijo aprendió a leer y recita de memoria algún versículo del libro de Dios.

La instrucción escolar es olvidada bien pronto por el árabe, que desde que sale de la férula del Fakih, temido y prestigioso, no vuelve a ocuparse de ninguna enseñanza y sólo llena las curiosidades de su espíritu, con cuentos fabulosos e inverosímiles leyendas.

Pero todos tienen cierto respeto religioso para las humildes casitas situadas a la sombra misma de los paredones de las mezquitas, donde la infancia aprende a deletrear el libro santo, porque saben que allí, bajo el influjo de su sabiduría y excelencia, se forjan las almas de las futuras generaciones de creyentes.

NARCISO GIBERT



ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

del *match* de Olympia. Yo soy partidario de Carpentier, y, claro...

En un teatrillo de varietés cantaba una cupletista una canción patriótica.

Esta tenía el estribillo siguiente:

«Cuando vuelvas de la guerra
yo te abrazaré,
y te daré con mis labios
el premio a tu proceder.»

De pronto se levantó un soldado herido que ocupaba una butaca y exclamó:

—¡Aquí estoy yo! Venga ese premio!

El público hizo objeto al soldado de una gran ovación y pidió que subiera al escenario.

El soldado lo hizo así entre vítores y aplausos.

Y una vez en el escenario, la cupletista dió al soldado el premio que la canción ofrecía.

Un día, cuando aún era príncipe de Gales el rey Eduardo VII de Inglaterra, vió un ciego con un perro parado en la acera, sin atreverse a cruzar cierta calle de mucho tránsito. El príncipe se acercó solícito y pasó al ciego y al perro.

Pocos días después se recibía en palacio un tintero de plata maciza con la siguiente inscripción:

«Al príncipe de Gales. De uno que le vió servir de lazarillo a un ciego al cruzar una calle. En memoria de una acción tan caritativa y tan cristiana.»

Con el regalo no venía ninguna tarjeta, y no se ha llegado a saber quién fué el donante.

En una trinchera, bajo el fuego enemigo, dos soldados emprenden una discusión. Lluven las balas. Frecuentemente, una granada estalla, derribando a un grupo de camaradas. Los soldados, sin dejar de disparar, prosiguen su disputa, alzan la voz; al fin, están a punto de llegar a las manos. El oficial acude presuroso para averiguar la causa del desorden. Uno de ellos se la explica:

—¡Hemos discutido porque él sostiene que Gunboat es mejor boxeador que Carpentier, a pesar

Entre los detalles curiosos que consigna la crónica de las visitas de los Reyes a los hospitales, merece citarse el referente a un soldado napolitano, Hugo Schilacio, que en uno de los combates librados en Caporetto recibió una herida que no revestía gravedad. Pero, efecto de la sensación experimentada al estallar una mina, el infeliz Hugo perdió el habla.

Se curó de la lesión, pero en cambio no recuperaba el don de la palabra.

Al visitar la Reina el establecimiento donde se halla el joven napolitano, observaron los médicos que escuchaba con singular atención los ecos de la música que tocaba la Marcha Real.

Uno de los facultativos le interrogó sobre sus aficiones musicales y el enfermo contestó por escrito que tenía una hermana pianista, cuyos conciertos habían despertado en él una decidida afición a la música.

El médico, también pianista, le llevó a su casa, le hizo sentar cerca del piano y ejecutó un nocturno de Chopin.

Al extinguirse la vibración de las últimas notas, el napolitano, que había escuchado emocionadísimo, prorrumpió en aplausos y, recuperando repentinamente el habla, exclamó: ¡Bravo! ¡Admirable!

El gran compositor polaco había hecho el milagro.

Aunque no es de Gonzalo de Córdoba, sino de Suárez de la Vega, pero se refiere a él, la famosa frase con que contestó al mariscal de La Tremouille, que, al desembarcar para dar comienzo a la segunda campaña de Nápoles, dijo, con la jactancia que le caracterizaba, a nuestro embajador: «Veinte mil ducados diera yo por encontrarme en Viterbo con Gonzalo de Córdoba.» A lo que Suárez le contestó: «Más del doble hubiera dado Nemours por no encontrarlo en Ceriñola»; recordando la derrota que poco hacía infligió al duque de Nemours en aquella plaza nuestro Gran Capitán.



LAZARILLO ESPAÑOL : por CIRO BAYO

(Obra premiada por la Real Academia Española)

DECLARACIÓN DEL AUTOR

Carlísimo lector:

Voy a entretenerte con la relación de mi primera salida de Madrid a pie y, como se dice, sin dinero.

Pienso que ella vale la pena de que yo te la cuente y de que tú la leas, pues aprenderás conmigo muchas cosas de la España vieja y de la España nueva. No te importe acompañarte de un vago; sólo el ponerse bajo la protección de la santa curiosidad hace a los desarraigados, a los aventureros, a los filósofos trashumantes, nobles por el espíritu y por la fortaleza del corazón.

Verás también cómo el ambular vagabundo es asequible a artistas y excursionistas que gusten salir de las trilladas rutas férreas y polvorientas carreteras; y que bien puede uno lanzarse por estos andurriales españoles, o por curiosidad o para solaz del espíritu, sin miedo a robos, secuestros y puñaladas, como piensan muchos extranjeros y tantos otros conciudadanos nuestros, para quienes la vida andariega es cosa de bohemios y un llo de peligros y de sobresaltos.

Cierto que se pasan fatigas e incomodidades; pero ellas se reducen a cero al final de la jornada, si uno sabe revestirse de ánimo y se acostumbra a ver las cosas por el lado alegre. De otra manera, se fatiga el cuerpo inútilmente y se aplana el espíritu.

El hombre que no es observador—dice un refrán ruso—es como aquel que cruza el bosque y no encuentra leña para calentarse, o, como se dice en castellano, «mira el mar y no ve el agua».

LIBRO PRIMERO

PROLEGÓMENOS DE VIAJE

I

LA CASA DE VECINDAD

Erase un año climatérico, como diría un astrólogo, es decir, malo, muy malo para mí, tanto, que ni de su fecha quiero acordarme.

Mis únicas fuentes de ingreso eran a la sazón tal cual traducción que me confiaba un editor amigo y una exígua renta proveniente de una casuca allá en Barcelona. Pero al empezar el mes de Junio ambas fuentes se secaron a un tiempo: el editor fué a un balneario sin dejarme encargo alguno, y mi apoderado tenía orden terminante mía de no enviarme un cuarto a los Madriles. Había pensado irme a América, y con los ahorros de dos meses de la renta pagar el embarque.

A pesar de los pesares, no cambié de resolución; mas como era forzoso hacer tiempo y vivir estos dos meses de espera, me preparé a vencer la terri-

ble cuesta de verano como se dice en términos de farándula.

¿De qué manera? Ni yo mismo lo sabía. Gasta-da la última peseta, ya lo veríamos.

Los débiles y los fuertes emplean la misma fraseología: *Mañana lo veremos*. La diferencia está en el modo de desatar el nudo de la dificultad. Los primeros se lastiman los dedos buscándole las vueltas y pierden el tiempo; los segundos lo cortan con la decisión de Alejandro en Gordio. ¿Obraría yo como débil o como héroe? Ni como uno ni como otro. Adiestrado en la lucha de la vida, confiaba que, cuando menos, había de portarme como discreto.

Conocía yo por entonces a Juan, un mozo de cuerda para quien *in illo tempore* pedí y obtuve una plaza de repartidor de un diario de la noche. Dábanle por esto una pesetilla diaria, y como él se ganaba dos o tres más cargándose las espaldas y era hombre soltero y de buenas costumbres, vivía alegre como un pájaro, en la acera de la calle; tan minúsculo fué el favor y tanto el tiempo transcurrido, que ya ni me acordaba de ello. Pero sí se acordaba Juan, que aún seguía con la prebenda. Por donde me avino que por haber sembrado un grano al acaso, recogí muy provechoso fruto.

Véase cómo. En ocasión que hube de necesitar un cirineo de confianza, fuí a buscar a Juan en su puesto y lo llevé a mi casa para que cargara con un cajón de libros y los vendiera por su cuenta. No sé lo que vería en mi cara al despedirme de mis viejos amigos; el hombre dió paz a la soga con que se disponía a atar el bulto y, cuadrándose me dijo:

—Yo no saco ésto de aquí.

—Pues si tú no lo haces, lo hará otro—repliqué malhumorado—. Eso me estorba.

Mentía; era que me hacía falta dinero. ¿Qué necesidad tenía de contar mis apuros a quien no podía remediarlos? ¿En qué serviría un faquín a un señorito?

Esto me decía como tantos otros para quienes los hijos del pueblo son como habitantes de un país inexplorado. Se cree que la nobleza de corazón, la hidalguía de sentimientos, la generosidad, los *rasgos*, en fin, son patrimonio de una casta, y no es así.

Entre los pobres hay la intuición de la ayuda mútua: hoy por tí, mañana por mí. Con los ricos no pega ésto; como no conocen las miserias, no las adivinan. Muchas finezas, muchos cumplimientos mútuos; pero no se les ocurre que el amigo o el pariente que va a verlos no haya comido aquel día o le haga falta dinero. Hay que repetirles la fá-

bula indiana con que Gil Blas dió a conocer su pobreza al Duque de Lerma, o escribirles: *Suplico, ruego, imploro* y demás expresiones molestas y de poco gusto. Beneficio que se hace a costa de muchos memoriales pierde casi todo su valor: quien da presto da dos veces. La causa de que muchos ricos tengan tantos ingratos es porque no saben el arte de obligar. Otra cosa sería si previniesen las necesidades de sus amigos para excusarles el manifestarlas o, a lo menos, hicieran menor su molestia concediéndoles prontamente lo que piden.

Dante inmortaliza a su protector en el destierro diciendo que entre ambos «el dar precedió al pedir».

He aquí el bueno de Juan que, sin molestarse por mi salida de tono, replica:

—Está bien, señorito; cargaré con los libros puesto que usted se empeña. ¿Cuánto es lo menos que pido por ellos?

—Pues, cuatro duros—contesté.

Acostumbrado a tratos y contratos con libros de lance, tenía por cierto que cualquiera de ellos daría aquella cantidad sin regatear. ¡Como que los libros valían diez veces más por su calidad y el texto, y yo los daba, como quien dice, a peso de papel!

En efecto: en menos de media hora estaba de vuelta Juan con la cuerda al hombro, señal evidente de haber despachado el encargo.

—Traigo cinco duros en vez de cuatro—díjome Juan con aire satisfecho, alargándome cinco hermosos discos.

—Bravo, Juan, eres un grande hombre. Serás mi administrador cuando yo sea rico. Escucha ahora la segunda parte—seguí diciéndole—. Prepárate a llevar mi baúl a la Posada del Peine.

La *Posada del Peine* es el establecimiento más económico en su clase, el más decente y el mejor servido de Madrid. Por seis reales diarios tiene una regular habitación y buena cama. Con el dinero de los libros tenía pensado alargar una semana más a costa del estómago, y después... el *veríamos* de marras.

—¿Se ha cansado usted de las patronas?—preguntó Juan como al descuido.

—No, Juan; son ellas las que se han cansado de mí.

—Pues yo conozco una que tiene mucha cuerda y que pudiera convenirle a usted. La mía; precisamente tiene una alcoba disponible. ¡Ea, véngase a vivir conmigo! La casa no es un palacio que digamos; pero, en cambio, por dos realitos diarios tendrá usted cama y ropa limpia.

Tan bien me pareció la proposición, que, sin

querer saber más, y saliendo, no se si despidiéndome o despedido, de la casa testigo de esta escena, me eché a la calle con Juan, cargado éste con mi equipaje, dejándome llevar donde él quisiera.

Llegando a la cuesta de San Vicente, se entró resueltamente en un portal y yo tras él. Seguimos el patio, y frente a una puerta abierta descargó Juan y me hizo pasar adentro.

—Señora Gregoria—dijo mientras se enjugaba el sudor con un pañuelo de hierbas—, le traigo a usted un huésped al que hay que tratar bien. Es persona amiga y además escritor.

La interpelada era una mujer del pueblo que estaba a la sazón pelando patatas, y esto es todo cuanto puedo decir, porque, viniendo deslumbrado de la calle, veía las cosas a bultos. La señora Gregoria dejó el cuchillo sobre un tapete de hule y salió al umbral.

—Adelante, adelante—nos dijo—. Bien venido sea. Entra el equipaje, Juan.

De una ojeada vi toda la habitación: una salita de recibo, tres alcobas y la cocina, todo muy pequeño, pero muy aseado. Cuadros baratos, flores de trapo y pitos de verbena en las paredes; las camas con colchas blancas, los vasares empapelados y sendas cortinas que parecían sábanas en la puerta y en la única ventana que daba al patio.

Si bien yo venía consigado a una alcoba, la señora Gregoria dióme posesión de todo el cuarto.

—Porque—acabó diciéndome—, como yo me paso todo el día en la calle y Juan también, usted se quedará por amo de la casa. Ya que es usted escribiente, ahí podrá escribir sin que nadie le moleste.

Y señalaba la mesa de hule con las mondaduras de patata.

—Bien, señora; nos turnaremos en ella—repuse alegremente, sin tratar de rectificar el dictado escriturario que me atizaba. A bien que de esto se encargó Juan, diciendo:

—Advierto a la señora Gregoria que el señorito es periodista.

Esto de «periodista» lo dijo mi hombre porque, habiéndole recomendado al director de un periódico, me suponía del oficio. La palabreja era de efecto, porque entre la gente del pueblo, para la que no hay más literatura que las hojas volanderas, periodista es la síntesis del hombre de letras; pero en la señora Gregoria el efecto fué mayor por lo que se verá.

—¡Hola! ¿Con que escribe usted en los papeles?—exclamó—. Pues entonces somos compañeros de gremio, porque usted los escribe y yo los voceo. Y a continuación hízome saber de cómo se ga-

naba la vida vendiendo periódicos en un puesto al aire libre, junto a la verja de la estación del Norte.

—Lo dicho dicho—acabó diciendo—; esta será su mesa de escribir, y ya verá que bonita queda en cuanto haya limpiado el hule.

Y no hubo más sino que la buena mujer me enseñó la alcoba y ayudó a Juan a poner mi baúl al pie de la cama, puso agua en la jofaina de un palanganero de hierro por si quería lavarme, mueble que con una percha y una silla, amén de la cama, llenaban el dormitorio; quitó las patatas de la mesa, fregó el hule y fuése.

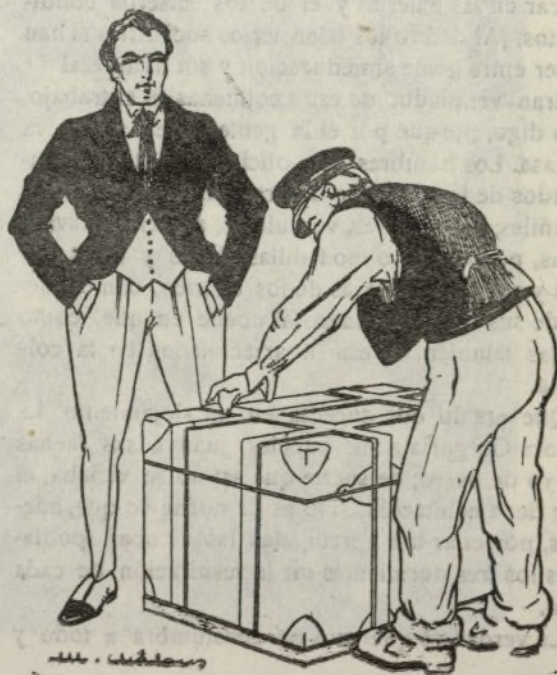
Al quedarme solo, quise pagar a Juan sus dos viajes, pero no quiso cobrarse.

—No corre prisa, ya lo arreglaremos—dijo—. Tocante a la señora Gregoria tampoco hay que apurarse; no es de las patronas que ponen el puñal en el pecho. Lo mismo da que la pague usted por días, por semanas o por quincenas, y si no, de mes a mes vencido. Lo principal es que usted se acostumbre a esta pobreza. Y hasta la noche, que ahora voy a aprovechar la tarde.

De este modo di con mis huesos en una casa de vecindad del paseo de San Vicente.

«La cuestión era acostumbrarse», había dicho Juan. Por lo pronto me pareció estar en el fondo de un pozo. Veía resbalar la luz de lo alto por el cubo del patio, y oía el rumor apagado de una colmena humana.

La casa donde me asilo tiene cuatro pisos interiores que dan al patio. Cierran los dos frentes una



escalera de caracol y la pared medianera con sendos retretes al fondo. A entrambos lados, los corredores con cuatro cuartos a derecha e izquierda, amén de los otros ocho a ras del patio, Total: cuarenta.

Contando por todo lo alto, pudiérais pensar que allí viven ochenta, cien personas. ¡Error y horror! Allí se hacina doble gente. A la codicia del casero se añade la de los arrendatarios. Cada uno de estos trata de sacar de balde el alquiler, hipotecando su comodidad, el sosiego doméstico y el poco aire respirable de la habitación, mediante el sistema de realquilar.

Esto de realquilar era corriente en las grandes urbes a causa de la carestía de las habitaciones, a lo que se fué ocurriendo con la construcción de barriadas para obreros; pero en Madrid no se preocupan de estas cosas; antes, por el contrario, tienen por típico, por muy madrileño, esos conventillos, colonias, casas de vecindad o «casas de Tócame Roque», clase de viviendas muy pintoresca para vista en revistas y zarzuelas, pero asquerosa y molesta para vivida.

Media hora hace que estoy en mi chiribitil, y me siento mareado. Como es a principios de verano y hay que tener abiertas puerta y ventana de la estrecha habitación, se oye, se ve y se huele todo: la charla de la comadres, el mal humor de los hombres, los gritos de los párvulos, el cornetín del murguista que ensaya, el batir de los almireces y a renglón seguido el tufillo de los retretes comunales, vale decir, de uno para cada piso; el vaho cuartelero de los barridos, de la ropa húmeda puesta a secar en las galerías y el de los míseros condimentos. ¡Al diablo los falansterios socialistas si han de ser entre gente sin educación y sin limpieza!

Gran ventilador de estas colmenas es el trabajo. Esto digo, porque por él la gente joven se releva en casa. Los hombres son oficiales de taller, empleados de ferrocarril o de tranvías, ordenanzas o albañiles; las mujeres, verduleras, asistentes, lavanderas, peñadoras o modistillas. Unas y otros entran y salen a sus horas de los cuartos, como abejas de sus celdas, y hasta la noche en que, como abejas también, duermen arracimadas en la colmena.

Que era lo que sucedía en mi alojamiento. La señora Gregoria a sus papeles, Juan a sus faenas y... yo de paseo; de suerte que así no se viciaba el aire de la habitación, sino es de noche en que, además, por estar tan apretujadas las alcobas, podíamos los tres durmientes oír la respiración de cada cual.

La verdad es que uno se acostumbra a todo y

que se juzga de las cosas según a uno le va. La prevención, la repugnancia que a veces tenemos, desaparecen viendo aquéllas de cerca o conociéndolas.

A los pocos días fuíme acostumbrando a aquella especie de vivac, y hasta creí atisbar no pocas escenas dignas de Ramón de la Cruz y de Ricardo de la Vega, que si no traslado al papel es por no sentirme capaz para tamaña empresa.

A todo esto, ocioso y sin dinero, había tomado asco a Madrid.

Aprovechando la buena estación y la vecindad de mi albergue con las afueras de la población, encaminaba mis pasos ribera del Manzanares o por la Florida y la Moncloa. Al ponerse el sol daba una vuelta a casa para quitarme el polvo, y luego a rondar por los jardines de Ferraz y plaza de Oriente hasta la hora en que se cerraban los portales. Todas las tardes hallaba a Juan de facción en su esquina, o bien salía a mi encuentro si yo iba por la otra acera, y todas las tardes, invariablemente, me proponía una novedad bucólica.

—Oiga usted, señorito (este era el tratamiento que casi siempre me daba), oiga usted—díjome la primera vez—; supongo que no le importará comer en una taberna. (¡Cuando yo estaba abonado a ellas, al *piri* y a las judías!) Lo digo, porque en esta que ahí ve (señalando una de tantas que pueblan el paseo) sirven un pote, pero de primera. Quisiera que lo probara usted.

—Pero, hombre...

—Nada, nada—replicaba sin dejarme decir—. Le emplazo para las ocho en punto, porque a las nueve empiezo el reparto.

Al otro día resultaba que en la misma o en otra casa de comidas servían una paella a la valenciana; al otro, que era de probar un bacalao a la vizcaína; al siguiente, que no había más remedio que hincarle el diente a un conejo estofado con judías. Y así el resto de la semana.

¡Vaya por Juan! Yo que le tenía por el prototipo de la templanza y del ahorro y ahora resultaba que era un gastrónomo abonado a todos los platos del día de la Cuesta de San Vicente. El gasto que hacíamos no pasaba de una peseta por barba, incluyendo el pan y el vino, y Juan se oponía siempre a que yo pagara mi escote. Para cohonestar su liberalidad quiso hacerme creer que le había tocado la lotería.

—Puede usted creerlo—me decía—; desde que se vino a nuestra casa, allí ha entrado la buena suerte. La señora Gregoria vende más papeles que nunca, yo hago más *viajes* que quiero y por contra un décimo premiado.

(Continuara).